

Cultura para la Esperanza

Invierno 2025

Nº 130



Sumario

Reseña libro: Exhortación apostólica Dilexis Te.... 2

Miscelánea

Europa no puede seguir ignorando las advertencias rusas 5

La dependencia europea del gas estadounidense. . 8

La capitulación de Europa 11

Cuando las máscaras caen: EEUU, China y Rusia anulan el derecho a la autodeterminación del Pueblo Saharaui 16

La farsa del reconocimiento y la arquitectura global de la complicidad..... 21

El reconocimiento de Palestina es una repetición del fraude de la "paz" de Oslo por parte de Occidente 24

Ibrahim Traoré y la resurrección del panafricanismo 29

Qué busca EEUU en su despliegue militar en torno a Venezuela 34

Ketanji Brown, la jueza que denuncia desde dentro los abusos del Supremo para avalar la agenda ultra de Trump 36

Un cardenal que habla claro. Por fin 39

Cooperativas energéticas: construir desde lo común, resistir desde lo local 42

La utopía discreta de Le Champ Communs, un laboratorio social contra la despoblación rural en Bretaña 45

Dios en la frontera. PP y VOX los "buenos católicos" contra el inmigrante 47

Noticias breves 49

Testimonio: Carta de un joven saharaui a la juventud marroquí 51

Instrumento de análisis de la realidad de Acción Cultural Cristiana

<https://www.accionculturalcristiana.org>

acc@accionculturalcristiana.org

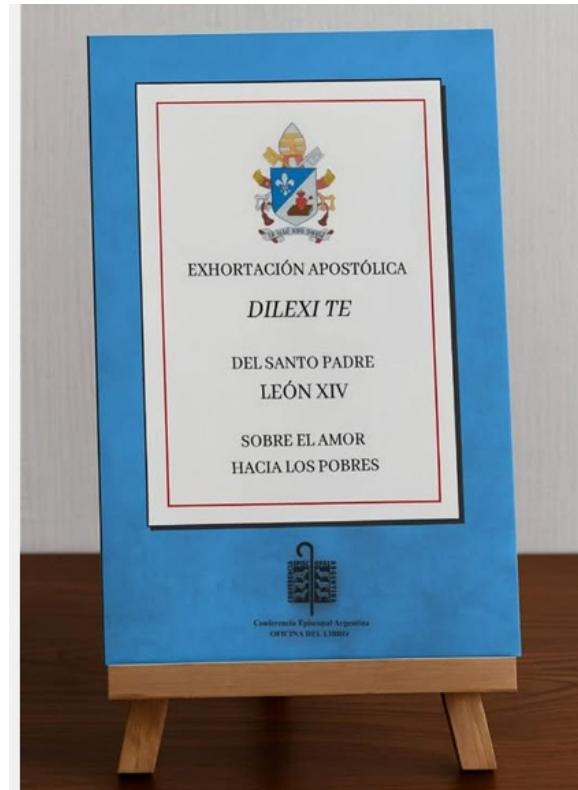
Reseña libros

Exhortación apostólica **Dilexit Te** Sobre el amor hacia los pobres Leon XIV

El pasado 9 de octubre, fue presentada la Exhortación Apostólica *Dilexi Te*, primer documento del magisterio del papa León XIV. Un documento que, como el autor expone en su introducción, parte de unos puntos trabajado por su predecesor, pero que él concluye y da forma con su particular estilo, en una acción que tiene dos claras dimensiones. La primera es que con *Dilexi Te* (a partir de ahora, DT) se puede afirmar de Robert F. Prevost el “Tú eres Pedro”, frente aquellos que hablan de un papado de baja intensidad. La segunda es que el magisterio de Francisco no ha muerto, como algunos desean, ya que en León XIV retoma con fuerza las ideas de su predecesor, expuestas en la “Dilexi nos”, publicada en 2024.

DT que lleva como subtítulo “Sobre el amor hacia los pobres”, fue firmada por el pontífice el día 4 de octubre, festividad de san Francisco de Asís, el santo que mejor encarnó la dimensión teologal que aporta el documento, y es que a través de los pobres se escucha la voz de Dios.

No es un texto sobre la Doctrina Social de la Iglesia, ya que no entra en el análisis de temas concretos, aunque sí denuncie la economía que mata, la falta de equidad, la violencia contra la mujer, la desnutrición, la emergencia educativa y haga suyo el llamamiento de Francisco a favor de los emigrantes. Es una exhortación sobre el amor a los pobres y sobre como este amor implica/complica a la Iglesia y a cada uno de los cristianos, ya que como señala en el número 3: “en los pobres y sufrientes se revela el mismo corazón de Cristo, sus sentimientos y opciones más profundas, con las



cuales todo santo intenta configurarse”

La exhortación apostólica comprende 121 números, divididos en cinco capítulos y un breve prefacio inicial, en el que se reconoce la autoría inicial del documento del papa Francisco y la asunción del mismo por León XIV. Este hecho ha sido algo recurrente en los últimos papados y es un claro ejemplo de la continuidad del magisterio de los papas.

El capítulo 1, el más breve de todos ellos, lleva como título Algunas palabras indispensables. En él se exponen los distintos tipos de pobreza, no se trata de un análisis sociológico, sino de mostrar rostros concretos que interpelan a la Iglesia y a

los cristianos, y lo hace de una manera en la que “*no estamos en el horizonte de la beneficencia, sino de la Revelación; el contacto con quien no tiene poder ni grandeza es un modo fundamental de encuentro con el Señor de la historia. En los pobres Él sigue teniendo algo que decirnos*” (nº 5).

Termina este capítulo denunciando los prejuicios ideológicos, que surgen desde una perspectiva de la meritocracia y como estos van calando, incluso en la mentalidad de los cristianos, por lo que se exige un cambio de mentalidad que incida en una transformación cultural, que nos aleje de una cultura del descarte, que tolera con indiferencia que millones de personas mueran de hambre o sobrevivan en condiciones indignas del ser humano.

En el segundo y tercer capítulo se describe el itinerario de la opción preferencial por los pobres.

El capítulo 2, con el título de Dios opta por los pobres, comienza con esta declaración: “*Esta “preferencia” no indica nunca un exclusivismo o una discriminación hacia otros grupos, que en Dios serían imposibles; esta desea subrayar la acción de Dios que se compadece ante la pobreza y la debilidad de toda la humanidad y, queriendo inaugurar un Reino de justicia, fraternidad y solidaridad, se preocupa particularmente de aquellos que son discriminados y oprimidos, pidiéndonos también a nosotros, su Iglesia, una opción firme y radical en favor de los más débiles*” (nº 16)

A lo largo del capítulo se va haciendo un recorrido de la Misericordia de Dios, que en el Antiguo Testamento, se decanta en una clara opción por los pobres, y en la realización plena de la misma en Jesús, Mesías pobre, que “en su encarnación, Él «se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor y haciéndose semejante a los hombres. Y presentándose con aspecto humano» (Flp 2,7)” (nº 18).

En el capítulo 3: Una Iglesia para los pobres, expone como la Iglesia ha cultivado, a lo largo de los siglos, su verdadera riqueza: los pobres.

Para ello va haciendo un recorrido, a través de textos, de distintos Padres de la Iglesia que “reconocieron en el pobre un acceso privilegiado a Dios”. Por estas páginas, entre otros van pasando san Ignacio de Antioquía; san Juan Crisóstomo;

san Agustín; san Ambrosio. Posteriormente se describe la respuesta que se hace, desde la vida monástica, en la acogida a los pobres y a los peregrinos. Para continuar con las ordenes mendicantes: san Francisco, santa Clara, santo Domingo, como testigos de la pobreza evangélica.

Se señalan después, la respuesta a pobrezas concretas, como el cuidado de los enfermos con san Juan de Dios o las Hijas de la Caridad de san Vicente Paul; la atención a la redención de los presos y esclavos con órdenes como los Trinitarios o los Mercedarios. Ya más cerca del momento actual, va señalando la respuesta de la Iglesia a la educación de los pobres, con nombres como san Juan Bosco, san José de Calasanz, san Marcelino de Champagnat y todas aquellas congregaciones religiosas que fundaron obras educativas, para atender a los más necesitados. Termina este recorrido histórico señalando la obra de la Madre Teresa de Calcuta y de otras personas que en la actualidad se dedican al acompañamiento de emigrantes.

Pero este capítulo termina con un reconocimiento de los movimientos populares y la labor que han realizado para “*superar «esa idea de las políticas sociales concebidas como una política hacia los pobres pero nunca con los pobres, nunca de los pobres y mucho menos inserta en un proyecto que reunifique a los pueblos»*” (nº 81)

En el capítulo 4, El siglo de la Doctrina Social de la Iglesia, hace un recorrido por el Magisterio de la Iglesia, de los últimos años. Un magisterio que, comienza con León XIII, y su encíclica Rerum novarum, donde se reconocía las situaciones intolerables de los obreros en la industria.

El Concilio Vaticano II va a ser una etapa fundamental en el discernimiento eclesial en relación a los pobres a la luz de la Revelación; después las encíclicas de Pablo VI (Populorum progressio), de Juan Pablo II (Sollicitudo rei sociales) donde establece que la opción por los pobres es una «forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana.

Con Benedicto XVI, en su Caritas in veritate, encontramos una denuncia más política, cuando afirma: “*el hambre no depende tanto de la escasez material, cuanto de la insuficiencia de recur-*

sos sociales, el más importante de los cuales es de tipo institucional. Es decir, falta un sistema de instituciones económicas capaces, tanto de asegurar que se tenga acceso al agua y a la comida de manera regular y adecuada desde el punto de vista nutricional, como de afrontar las exigencias relacionadas con las necesidades primarias y con las emergencias de crisis alimentarias reales, provocadas por causas naturales o por la irresponsabilidad política nacional e internacional” (nº 88)

Termina este recorrido con el reconocimiento que el papa Francisco hace del Magisterio de otros episcopados, especialmente de América Latina, donde la Conferencia de Aparecida fue paradigmática en el desarrollo del tema de la opción por los pobres.

Pero el capítulo no termina ahí, sino que aborda dos temas de gran importancia: las estructuras de pecado y las desigualdades extremas. Dos temas que merece la pena repensar y reflexionar sobre ellos.

No quisiera terminar la referencia a este capítulo, sin hablar del Magisterio del papa Francisco. Aunque no se mencione explícitamente, todo el documento está cargado del mismo. No solo por su autoría inicial; si no por la voluntad del Papa actual, de que este pensamiento se incorpore como aporte sustancial al corpus doctrinal de la Iglesia.

La exhortación termina con un capítulo 5, “Un desafío permanente”. Capítulo conclusivo, que llama al futuro desde la parábola del buen samaritano, una parábola que hoy mismo se repite. Termina el texto con una referencia práctica, a la vez que acertada y necesaria, sobre la limosna, sin que contradigan otras obligaciones y responsabilidades.

En resumen, DT explica con precisión y claridad la centralidad que, para la Iglesia y los cristianos, tienen los pobres, su dignidad, su protagonismo, la opción preferencial que merecen, todo fundamentado en la Revelación, la Teología. La Historia y el Magisterio.



Europa no puede seguir ignorando las advertencias rusas

“Hay que advertir de nuevo a Londres y París de que, en caso de que envíen tropas al territorio de Ucrania, serán consideradas participantes directas del conflicto, y Rusia se verá obligada a comenzar a lanzar ataques contra sus activos y bases, primero en el extranjero y con municiones no nucleares”. “Berlín debe saber que si recurre a las armas nucleares y sigue luchando de facto contra Rusia, no habrá piedad”. Sobre el último artículo del profesor ruso Sergei Karagánov.

Rafael Poch de Feliu

(Bloq personal*)

04/09/2025

Un reciente artículo del profesor ruso Sergei Karagánov nos recuerda, en los términos más inquietantes, que Europa no puede seguir ignorando las advertencias del establishment ruso de la seguridad nacional. Hace tres años esa actitud culminó con la invasión rusa de Ucrania. Hoy no se puede anunciar desde Europa una guerra contra Rusia para los próximos años y ponerle incluso fecha, como han hecho algunos importantes jefes militares alemanes, y pretender que no haya consecuencias. Esa actitud que sugiere una profecía autocomplida, equivale a una invitación a que Rusia ataque preventivamente para evitar daños mayores, es decir a una repetición, ahora en grande, de lo que determinó la invasión de Ucrania hace tres años.

El artículo, titulado *“Una mala ruptura con Europa”*, aquí traducido con sus enlaces en ruso de fácil traducción automática para profundizar en su amplio contexto argumental, debería ser lectura obligatoria para los ignorantes y desprestigiados energúmenos que gobernan hoy en Berlín, Londres y París, por no hablar de Bruselas. Condensa muy bien una advertencia a esa Europa que ha renegado de la diplomacia y del diálogo más elemental con una superpotencia nuclear y que se niega siquiera a escuchar los argumentos y puntos de vista de su adversario, apostándolo todo a una “derrota estratégica” tan ilusoria como teme-

raria y demencial, teniendo en cuenta la capacidad de destrucción masiva en presencia.

El artículo recuerda, de nuevo, que nos estamos metiendo en un enredo sumamente peligroso, como se ha repetido profusamente desde estas páginas, y que estamos gobernados por irresponsables personajes completamente ajenos a esos peligros.

El militarismo y el peligro de una guerra mayor están aumentando en el mundo. En términos históricos las potencias emergentes ganan peso y Occidente, el mundo euroatlántico, lo pierde. La creciente tensión militar mundial se deriva, fundamentalmente, de ese desplazamiento del poder global hacia Oriente y el Sur en detrimento del Norte. En este gran cambio, Rusia es la bisagra. Como país del Norte y parte de Europa, sufre el problema de su declive igual que Estados Unidos y las viejas potencias europeas, pero su dualidad euro-asiática permite a su élite gobernante y a su sociedad un particular juego de adaptación al nuevo mundo que se perfila. Quienes mandan en Rusia no solo pueden permitirse una ruptura con Europa y un enfoque hacia Asia, sino que han concluido que ese tránsito es lo mejor para preservar la independencia y soberanía nacional así como el monopolio de su élite gobernante sobre sus inmensas riquezas ante los embates de la

globalización y el militarismo occidental que empalma una guerra con otra desde el fin de la bipolaridad, hace más de tres décadas.

El profesor Sergei Karagánov es uno de los principales intelectuales orgánicos del régimen ruso. Presidente honorario del Consejo de Política Exterior y de Defensa, el principal laboratorio de ideas ruso, Karagánov no marca la línea del Kremlin, pero es uno de los que mejor definen la reflexión rusa en este dramático tránsito. Hace dos años, las observaciones de Karagánov fueron determinantes para que el Kremlin enmendara la doctrina nuclear rusa.

Los ingredientes de Karagánov son un nacionalismo ruso a la Solzhenitsyn (el escritor fue el primero en decir en los noventa que la “salvación” y regeneración de Rusia estaba en Siberia), abierto al cosmopolitismo multicultural soviético que se deriva del universo multinacional de la Federación Rusa, y un gran énfasis en el tradicional militarismo reactivo ruso-soviético, que la estupidez occidental alimentó al ignorar durante décadas los intereses del mayor país de Europa en población y del mundo en territorio. El tercer rasgo es una fuerte autoafirmación de gran potencia que ha ido creciendo a lo largo de los años como reacción a lo que los rusos han vivido como una creciente agresividad y avasallamiento occidental, y que ha tomado el relevo al occidentalismo que dominó el colapso y la humillación del país en los años noventa.

Como adelanto algunos extractos del artículo:

“Desmoronándose por dentro, las élites europeas ya hace una década y media tomaron el rumbo de exagerar la imagen de Rusia como enemigo mortal. Luego, con entusiasmo, se dedicaron a intentar inflictir una derrota estratégica a través de Ucrania. Y ahora se han embarcado abiertamente en la preparación para una gran guerra dentro de 5 – 7 años”. (...) “La línea está marcada: dentro de 5-10 años, si no se detiene el proceso, pueden tener muchas más fuerzas armadas. Por ahora no hay que temerles en el ámbito militar, pero si se fortalecen y se envalentonan, volveremos a encontrarnos en una situación de riesgo. No podemos permitir que eso ocurra”.

Con ese “volveremos a encontrarnos”, Karaganov

se refiere a las recurrentes invasiones occidentales sufridas por Rusia a lo largo de su historia y en especial a la última de ellas que ahora se recuerda fue no solo “alemana”, sino “europea”:

“Durante mucho tiempo mostramos una nobleza que resultó ser miope, enfatizamos el papel de los pequeños grupos partisanos antifascistas, en su mayoría comunistas, cerrando los ojos ante el hecho de que Hitler contaba con el apoyo de cientos, si no cientos, de veces más europeos”. Ahora, “no habrá seguridad mientras no se rompa la voluntad de confrontación de las élites europeas y su esperanza de vencer en tal confrontación”. Para ello, Rusia debería optar por una mucho mayor contundencia militar con “respuestas desproporcionadas”:

“Cualquier provocación en el Báltico, en las fronteras con la OTAN contra Rusia, debe ser respondida de manera desproporcionada”, dice. La argumentación es meridiana:

“Nuestra indecisión, nuestra falta de preparación para responder con dureza a los ataques contra nuestras ciudades y nuestras fuerzas estratégicas, se interpreta como debilidad, lo que refuerza la sensación de impunidad y la agresividad. Con nuestra cautela, estamos jugando a favor de la estrategia del enemigo, que espera arrastrarnos a una guerra prolongada y, tarde o temprano, agotarnos, provocar una división entre las élites y socavar el apoyo a nuestra máxima autoridad”. (...) “Por eso, en respuesta a esos ataques hay que golpear las fuerzas estratégicas del Reino Unido o incluso de Francia. Anunciando, por supuesto, que en caso de «respuesta», nuestra represalia será nuclear”.

Tras el ataque a Irán del pasado junio que pisoteó todas las líneas rojas, intentando decapitar al grupo dirigente iraní en medio de una negociación, “no quedan dudas” sobre los métodos del adversario, dice Karaganov, “pero el objetivo principal somos nosotros”. Occidente debe volver a temer a Rusia, de lo contrario los riesgos de una guerra nuclear serán mucho mayores, y para ello Moscú debe hacer valer su músculo nuclear:

“Hay que advertir de nuevo a Londres y París de que, en caso de que envíen tropas al territorio de Ucrania, serán consideradas participantes directas

del conflicto, y Rusia se verá obligada a comenzar a lanzar ataques contra sus activos y bases, primero en el extranjero y con municiones no nucleares". Alemania ocupa un lugar central en esa advertencia:

"Berlín debe saber que si recurre a las armas nucleares y sigue luchando de facto contra Rusia no habrá piedad. Y Alemania por fin responderá por su culpa histórica ante una humanidad que intenta olvidar: por desencadenar dos guerras mundiales, por el Holocausto, el más terrible de los muchos genocidios cometidos por los europeos, y por el genocidio de los pueblos de la URSS. La nobleza de los dirigentes soviéticos, que impidieron la liquidación de Alemania, resultó contraproducente. No se puede permitir que Alemania vuelva a ser una amenaza para la paz y para nuestro país". (...)

La moderación y la buena voluntad son contraproducentes y se impone un realismo militar tan frío como demencial:

"Es necesario renunciar, al menos a nivel de expertos, a la tontería heredada de la época de Gorbachov y Reagan: la afirmación de que «en una guerra nuclear no puede haber vencedores y no debe desencadenarse». Por supuesto, hay que tomar todas las medidas para evitar una gran

guerra. Pero esta postura no solo contradice las doctrinas sobre el uso de armas nucleares y la lógica elemental, sino que también allana el camino para la agresión no nuclear, que es lo que hemos obtenido". (...) Así que la conclusión que one es de un brutal realismo, digno de los "estrategas" americanos de la guerra fría:

"Vale la pena pasar a una táctica de amenazas directas, respaldadas por la disposición a recurrir, en caso extremo, a ataques preventivos, inicialmente con armas no nucleares. (...) Si todas las medidas no sirven de nada, habrá que pasar a la siguiente fase y empezar a lanzar ataques contra centros logísticos y bases militares en los países que apoyan la agresión contra Rusia" (...)"En caso de que se llegue —Dios no lo quiera— a la necesidad de lanzar ataques desarmadores y decapitadores contra Gran Bretaña e incluso Francia, será necesario activar el sistema de defensa antimisiles, la defensa civil, y advertir de que si una sola ojiva del adversario llega a nuestro territorio o al de Bielorrusia, estos países serán borrados de la faz de la tierra".

Europa no puede seguir ignorando las advertencias rusas y tiene que regresar a la diplomacia y el diálogo con su adversario.

<https://rafaelpoch.com/2025/09/04/europa-no-puede-seguir-ignorando-las-advertencias-rusas/>



La dependencia europea del gas estadounidense

Marcel Muñoz Rodríguez

12/09/2025

Descifrando la Guerra

El 27 de julio de 2025, la Unión Europea claudicaba ante Estados Unidos cerrando uno de los mayores acuerdos comerciales de la historia, poniendo fin, al menos temporalmente, a la guerra arancelaria iniciada por la administración de Donald Trump.

El pacto se centra en un límite arancelario máximo del 15% de Estados Unidos para las mercancías de la Unión Europea. Junto a este acuerdo, se incorporan cláusulas de gran calado estratégico para Bruselas, entre ellas el compromiso de triplicar sus importaciones de energía norteamericana, con el objetivo de aumentar en 750.000 millones de dólares en tres años las compras de petróleo, gas natural licuado y combustibles nucleares estadounidenses.

El pacto arancelario no ha estado exento de polémica, así como tampoco lo ha estado la cláusula energética. Los expertos advierten que de ejecutarse tal y como está previsto, consolidaría una nueva dependencia estructural en términos energéticos. Esta vez no de Moscú, sino de Washington.

Tres años después del inicio de la guerra de Ucrania y la consecuente crisis energética que asoló Europa, Estados Unidos ya se ha convertido en el primer suministrador de gas natural licuado (GNL) del continente. Lo que empezó justificándose como una respuesta de emergencia a un choque geopolítico, se está convirtiendo en un eje estructural del nuevo orden energético europeo.

Del gas ruso a los metaneros estadounidenses

La arquitectura energética europea ha vivido una transformación profunda y acelerada desde el inicio de la invasión rusa de Ucrania. A inicios de 2022, Rusia era el principal proveedor de gas natural de la Unión, con una cuota que rondaba el 45% del suministro total. Esta dependencia era especialmente pronunciada en países como Alemania o Italia.

El suministro se canalizaba principalmente a través de gasoductos, como el Nord Stream o el Yamal-Europe. Sin embargo, tras el estallido de la guerra en Ucrania y la escalada de las sanciones, este sistema implosionó, con el flujo del gas ruso cayendo en picado y los Estados miembro buscando proveedores alternativos a marchas forzadas.

Esta reorientación ha tenido como protagonista al GNL, una forma de transporte marítimo del gas que requiere de grandes inversiones en infraestructura, tales como terminales de regasificación, puertos adaptados y capacidad de almacenaje. En este sentido, entre 2022 y 2024, la Unión Europea ha aumentado en más de un tercio su capacidad de regasificación.

Alemania, que no tenía terminales antes de 2022, ha construido y puesto en marcha instalaciones en Brunsbüttel, Wilhelmshaven y Lubmin. España, Francia, Italia, Bélgica, Países Bajos y Grecia han ampliado o acelerado sus proyectos existentes y otros países como Polonia o Chipre han anunciado ya nuevas terminales para los próximos años.

Este giro logístico ha sido decisivo para cambiar el mapa del suministro. Si en 2021 el GNL representaba apenas una quinta parte del gas importado por la Unión Europea, en 2024 alcanzó el 37%, con Estados Unidos a la cabeza. Washington ha pasado de proveer el 27% del GNL en 2021 al 48% en 2023, convirtiéndose en el principal exportador de gas natural licuado al viejo continente.

Esto no significa que los gaseoductos hayan desaparecido. Noruega se ha consolidado como el primer suministrador de gas total del bloque comunitario gracias a su red de gaseoductos submarinos de gran capacidad. El gas de Argelia, vía Medgaz y Transmed, mantiene una presencia significativa, especialmente en los países del sur.

Sin embargo, el GNL, por su flexibilidad geográfica, se ha convertido en un elemento estratégico

que permite adquirir gas de prácticamente cualquier rincón del mundo, pese a tener un coste considerablemente más elevado.

Esto es esencial para entender las limitaciones del modelo. El GNL requiere de procesos de licuación, transporte criogénico y regasificación, que encarece su coste final. Según los expertos, el GNL estadounidense resulta un 23% más caro que el gas importado por gaseoductos desde Rusia.

Europa y la dependencia del gas estadounidense

En este contexto, la concesión de Bruselas a Washington en materia energética representa un salto cuantitativo sin precedentes en las relaciones transatlánticas. Pero también abre la puerta a una nueva vulnerabilidad estructural, ya que Europa corre el riesgo de sustituir su antigua dependencia del gas ruso por otra igual de asimétrica, esta vez con respecto a su socio al otro lado del océano.

Desde el punto de vista económico, el pacto establece un desequilibrio evidente. Estados Unidos obtendrá un superávit energético masivo a costa de un aumento sustancial de las importaciones europeas. En lugar de avanzar hacia una mayor diversificación, el acuerdo compromete a los Veintisiete a concentrar su abastecimiento en un solo proveedor, limitando notablemente la autonomía de maniobra del bloque.

Si bien es cierto que el GNL ofrece una mayor flexibilidad logística que los gaseoductos, esta ventaja técnica no compensa el impacto económico que supone la importación de gas comercializado a precios más de un 20% superiores a los de otras fuentes disponibles en el mercado.

Más allá del claro desequilibrio económico, distintos analistas cuestionan la propia viabilidad del compromiso. En el año 2024, el valor de las importaciones energéticas desde Estados Unidos se situó en los 76.000 millones de dólares. Alcanzar los 250.000 millones anuales exigiría más que triplicar un volumen que ni la oferta estadounidense ni la demanda europea parecen capaces de absorber.

El propio Institute for Energy Economics and Financial Analysis considera que la meta es irrealizable, no solo por limitaciones en las terminales europeas, sino porque la industria estadounidense tendría que redirigir hacia Europa una parte importante de sus exportaciones destinadas en la actualidad a otras regiones del planeta.

Este desvío alteraría el mercado global, tensionaría los precios y podría encontrar resistencias dentro del propio sector energético norteamericano, reticente a comprometerse exclusivamente con un único cliente. Así, más que un plan factible, el acuerdo es una apuesta política cuya materialización técnica y comercial resulta improbable.

En términos estratégicos, el giro hacia Washington plantea algunos interrogantes incómodos. En los últimos años, Europa ha argumentado que su ruptura con Rusia era necesaria para no depender de un régimen autoritario e imprevisible. Sin embargo, el alineamiento energético con Estados Unidos tampoco garantiza estabilidad. Las elecciones presidenciales de 2024 ya demostraron la profunda volatilidad política del país.

Desde su regreso a la Casa Blanca, Donald Trump ha intensificado la presión sobre sus aliados europeos cuestionando reiteradamente el valor de la OTAN, condicionando su apoyo a Ucrania a concesiones políticas y, incluso después del acuerdo comercial, ha amenazado con imponer nuevos aranceles si Bruselas no cumple con los requisitos energéticos adquiridos. En este escenario, Europa podría encontrarse rehén de un socio poco fiable, sin alternativas energéticas consolidadas a corto plazo.

Aun así, la dependencia no es solo económica o política, sino también logística. La mayoría de las terminales europeas de regasificación están situadas en la fachada atlántica, lejos de los principales centros de consumo industrial en Europa central. Esto obliga a construir costosos gaseoductos internos o depender de infraestructuras provisionales que no garantizan un suministro estable a largo plazo.

Las críticas no se han hecho esperar. Diversas voces europeas han denunciado un proceso de colonización energética por parte de Estados Uni-

dos. Además, alertan que el acuerdo favorece a las grandes petroleras estadounidenses a costa de los contribuyentes y consumidores europeos y sin aportar una solución estructural ni sostenible a largo plazo.

El coste climático del gas natural licuado

Esta reconfiguración también tiene consecuencias medioambientales. En plena emergencia climática y con el objetivo de reducir en un 90% sus emisiones de gases de efecto invernadero para 2040, la Unión Europea ha asumido un papel protagonista en la transición verde global. Pero el creciente peso del GNL plantea serias contradicciones entre la retórica de Bruselas y las decisiones que está tomando en materia de suministro energético.

A primera vista, el GNL puede parecer un mal menor. Comparándolo con el carbón, su quema genera aproximadamente un 40% menos de emisiones de CO₂. No obstante, se trata de una fuente fósil que dista mucho de ser limpia .

A diferencia del gas canalizado por gaseoducto, como el que antes llegaba desde Rusia y actualmente desde Noruega y Argelia, el GNL requiere ser extraído –a menudo mediante *fracking* en Estados Unidos–, licuado a temperaturas extremadamente bajas, transportado en buques metaneros por miles de kilómetros y posteriormente regasificado.

Adicionalmente, el ciclo completo libera metano extra, un gas de efecto invernadero aún más potente que el CO₂. Todo este proceso añade una importante huella de carbono, tanto por el uso intensivo de energía como por las fugas de metano. En este contexto, resulta paradójico que Bruselas esté firmando acuerdos de importación masiva de GNL justo cuando debería estar acelerando su transición hacia las energías renovables.

Además, los contratos firmados con proveedores estadounidenses se extienden en muchos casos más allá de 2040, lo que obliga a los Estados miembro a seguir consumiendo volúmenes mínimos de GNL durante un periodo clave para el cumplimiento de sus propios objetivos climáticos. Esto reduce tanto la urgencia como el margen para realizar inversiones masivas en infraestructuras renovables o almacenamiento energético.

¿Un puente temporal o una nueva trampa?

El acuerdo entre Bruselas y Washington ha evitado escalar el choque arancelario con Estados Unidos, pero lo ha hecho al precio de condicionar la política energética europea para la próxima década. Triplicar las importaciones de energía norteamericana en tres años no solo es un reto logístico y económico casi imposible, sino que implica aceptar que, de cumplirse, cerca del 70% de las importaciones de energía fósil del bloque procederían de un único socio.

Este nuevo escenario convertiría la noción de interdependencia en un vínculo de dependencia pura y dura. Además, el riesgo no se limita al suministro. Atarse a contratos de largo plazo para petróleo, gas y combustibles nucleares estadounidenses desvía recursos de las inversiones en renovables y de los proyectos de hidrógeno verde que podrían reducir de forma estructural la demanda de gas.

La Unión Europea corre así el peligro de consolidar décadas de dependencia fósil, justo cuando la urgencia climática exige acelerar la transición y cumplir con el objetivo de recortar en un 90% las emisiones para 2040.

La cuestión de fondo es si Europa será capaz de utilizar el GNL estadounidense como un combustible de transición y no como la base permanente de su sistema energético. Mantener abierta la diversificación con Noruega, Argelia y otros socios, así como reforzar la generación limpia no es solo un imperativo climático, sino una condición de autonomía estratégica.

Si Bruselas confunde un puente con un destino final, el pacto firmado el pasado julio podría pasar a la historia como un fracaso diplomático, siendo la trampa que fijó las cadenas de una nueva dependencia.

La capitulación de la UE

Antonio Antón
18/08/2025
Rebelión

El acuerdo económico y comercial impuesto por la administración trumpista de EE. UU. y firmado por la Comisión Europea certifica la dependencia y rendición económica de la Unión Europea. Su contenido y su forma expresan un nuevo equilibrio de poder en las relaciones atlánticas, con plena sumisión europea. Éste y el reciente acuerdo en la cumbre de la OTAN, al imponer Trump un gasto militar del 5% del PIB y redefinir sus adversarios (China), expresan la subordinación geoestratégica y militar de Europa respecto de los intereses geopolíticos de EE. UU. El foco es la recuperación del dominio imperial estadounidense: ‘América, primero... y otra vez grande’. La Europa liberal ha claudicado; avanza hacia una democracia iliberal, hacia un sistema postdemocrático y neocolonial, en el que espera posicionarse en un papel subordinado al de EE. UU.

La rendición de las élites europeas

Veamos algunos datos de la capitulación económica de la UE. Los aranceles estadounidenses del 15% suponen una transferencia de impuestos a productos europeos exportados a EE. UU., cerca de ochocientos mil millones de euros, en el último año, cuyos aranceles para las arcas estadounidenses alcanzan a más de cien mil millones de euros anuales.

No hay ninguna reciprocidad europea, cuyo superávit comercial alcanzó cerca de doscientos mil millones de euros, en el año 2024, ya que no impone ningún impuesto a los productos estadounidenses, que pueden gozar ahora de una mayor competitividad en los países europeos. Tampoco la UE reequilibra su déficit en el sector servicios (financiero, tecnológico...), que alcanza unos cuarenta y ocho mil millones de euros, en este año pasado, y del que ha pasado de largo.

Aparte de estar pendiente la concreción de la imposición en algunos sectores (farmacia, semiconductores, acero...) y las amenazas corres-

pondientes ante posibles incumplimientos, Trump ha impuesto a la UE dos condiciones globales más.

Una, la inversión europea de setecientos cincuenta mil millones de euros en la compra de energía fósil estadounidense (petróleo, gas licuado, carbón, uranio...) mucho más cara; supone triplicar la compra actual, depender al 70% de su energía y lastrar la competitividad económica europea.

Dos, la inversión europea en bienes estadounidenses, principalmente en la compra de material militar, en los tres próximos años, dentro de su actual presidencia -para garantizar su cumplimiento inmediato-, de seiscientos mil millones de euros; Trump amarra el compromiso de la cumbre de la OTAN, de llegar al 5% del PIB en gasto de defensa y seguridad... para 2035.

Expresa una derrota estratégica de impacto duradero, una capitulación en toda regla, que apenas queda enmascarada con el argumento de Von der Leyen del ‘mejor acuerdo posible’. La Comisión Europea y el Consejo Europeo, que representan a todos los Estados europeos, han renunciado a la resistencia política o la negociación desde una posición de fuerza, sin contar con su similar poderío económico y comercial, en términos de PIB, y la voluntad de sus poblaciones. Las élites europeas se han doblegado, buscando acomodo en la nueva relación de subordinación jerárquica que impone Trump, a costa del bienestar de sus sociedades, su autonomía estratégica y sus valores sociales y políticos.

Mientras tanto, China, que en las últimas décadas se ha acercado a una posición similar a ambas a nivel mundial, en su capacidad económica, no militar, reforzada por sus alianzas con los BRICS y en el Sur Global, se ha permitido plantar cara y doblegar la prepotencia trumpista. Son reglas básicas de la actitud política ante posiciones de

fuerza, como las actuales; solo que, en este caso, las élites europeas buscan resguardar sus propios intereses oligárquicos, transferir los daños a sus respectivas poblaciones y confiar en el designio imperial estadounidense de participar en el beneficio del reparto de poder del mundo. O sea, con un nuevo encaje neocolonial, empezando por su complicidad en el designio israelí-estadounidense para dominar todo el Oriente Próximo y liquidar al pueblo palestino.

Pero, este cálculo fáctico, imperial autoritario, aparte de su inmoralidad, que les preocupa poco, es difícil de ejecutar por el mundo empresarial europeo, además de la propia fragilidad de la economía estadounidense. La oligarquía europea queda unida y subalterna a ese plan, al mismo tiempo que en Europa (y también en EE. UU.) persisten los altos riesgos de desafección política interna, desvertebración social y descrédito en el Sur Global, irresolubles con mayor autoritarismo regresivo.

La prepotencia imperial trumpista

La prepotencia trumpista pretende modificar el orden internacional a su favor. Se ha iniciado una transición de las posiciones de poder, las normas y los discursos vigentes. En estas décadas, desde los años noventa, de globalización neoliberal, bajo hegemonía económica y estratégico-militar estadounidense, ha habido cierta regulación consensual y multilateral a través de organismos internacionales -desde la ONU y su Consejo de Seguridad hasta el G-7 o la OMC-. EE. UU. aparecía, formalmente, como primero entre iguales.

Ahora, con el despliegue del peso de su poder duro político-militar, en toda su crudeza geoestratégica, se imponen varios escalafones de dominio: el emperador y los súbditos europeos/occidentales y, al fondo, los pretendidos vasallos mundiales, sin el permiso de China y los BRICS.

Su objetivo está claro: la primacía de EE. UU., la subalternidad de Europa y el control y sometimiento del Sur Global, que se le escapa. Es una dinámica imperial, autoritaria e iliberal, que pretende reforzar a las derechas extremas en Europa, cuartear su Estado de bienestar y de derecho y vaciar la democracia representativa. Es el cierre a la Europa liberal progresista, a su modelo social

y democrático. Sin que se plantea la ultraderecha, de momento, la ruptura de la UE o la salida de algunos países de la Unión, se acomete una profunda reorientación geopolítica, estratégica y de articulación institucional.

Junto con mayor dependencia de la OTAN y el militarismo, se refuerzan los soberanismos estatales y los nacionalismos excluyentes y antiinmigración, las dinámicas institucionales autoritarias y tecnocráticas y la recomposición de las élites dirigentes, con la colaboración entre las derechas tradicionales, liberal-conservadoras, y las ultraderechas postdemocráticas.

El mecanismo principal de presión estadounidense es su poderío geoestratégico-militar y su privilegio financiero-monetario, ambos derivados de su hegemonía tras la segunda Guerra mundial y, posteriormente, reforzada tras el hundimiento del bloque soviético. Es la respuesta autoritaria a su declive, en términos económicos, políticos y de legitimidad social o, dicho de otro modo, la reacción regresiva ante los avances democráticos y de derechos civiles y sociales en el Norte, en el propio EE. UU. y Europa, y las afirmaciones autónomas en países del Sur global.

Por el camino sombrío aparecen mayores conflictos políticos e importantes crisis sociales y medioambientales. Habrá que apuntarlas al debe de esta apuesta estratégica de involución democrática, social e imperial, impuesta por las élites occidentales, que deberán renovarse y democratizarse. Otro mundo es posible, quizás con retrocesos relativos y nuevos sufrimientos humanos, sin descartar las dinámicas belicistas. Pero el neofascismo, según la experiencia histórica, fracasará. La democracia real, más igualitaria y solidaria, es la respuesta.

El fiasco de la autonomía estratégica

Con ocasión del giro trumpista hacia el control económico de Ucrania, junto con el sometimiento energético y geoestratégico-militar europeo y la relativización del conflicto con Rusia por su prioridad hacia el Asia-Pacífico, ha resurgido el discurso de la necesidad de la autonomía estratégica de la UE.

La paradoja ha consistido en la resignificación del

concepto ‘autonomía estratégica’ respecto de EE.UU. Inicialmente, tenía una orientación progresista, pacifista y soberanista, enraizada en la experiencia europea contra la guerra y su nuclearización. En este momento, con ocasión de la llamada amenaza rusa y el supuesto abandono estadounidense, se le ha dado el sentido contrario. Se ha convertido en la justificación para profundizar en el rearme y la militarización de los países europeos.

Finalmente, se está imponiendo una evidencia: es una simple retórica que esconde la mayor subordinación europea a los intereses geopolíticos, la estrategia y el complejo militar industrial estadounidenses. El plan de Rearme europeo, de ochocientos mil millones de euros, queda sin esa justificación embellecida de garantizar la seguridad europea. Rusia -tras el hundimiento del bloque soviético- no es suficiente enemigo para Europa y la OTAN, y la relativa estabilidad en el Este -hasta la expansión de la OTAN y la agresión rusa a Ucrania- se ha resuelto en las décadas pasadas por acuerdos de seguridad y cooperación; además, era un socio comercial y energético para la UE y fundamental para Alemania, ahora roto en su perjuicio.

Tampoco el plan de Rearme es un motor neokeynesiano para estimular la industria o la innovación tecnológica europea. Trump impone y la Comisión Europea acata que el grueso inversor vaya hacia la industria militar estadounidense, con la dependencia operativa, estratégica, tecnológica e industrial que conlleva.

Se cierra la manipulación discursiva de la autonomía estratégica y su credibilidad. Trump suufana de ello; las élites europeas están a sus órdenes. La pleitesía del secretario general de la OTAN, el holandés Rutte, y de la presidenta de la Comisión europea, la alemana Von der Leyen, constituyen el broche simbólico de la sumisión de los gobiernos europeos.

El soberanismo oligárquico europeo

Todo ello ha afectado, particularmente, al estatus de Alemania, tras su unificación, como motor económico e institucional de la UE, y en el plano político discursivo a Francia y su ‘grandeza’, cada vez más minorada. La penetración económica alemana en el Centro y Este de Europa, con su preponderancia política, cada vez más hegemónica respecto de la decaída Francia, parecía compatible con el acompañamiento de la expansión



de la OTAN hasta las fronteras de Rusia.

Alemania, especialmente con su socialdemocracia, compatibilizaba su complementariedad energética en un clima de colaboración pacífica con Rusia, aun con los recelos de los propios intereses estadounidenses para la contención rusa y la subordinación alemana. Hasta que con la expansión otanista hacia las fronteras rusas, cuestionando su seguridad, especialmente desde 2014, y sobre todo con la agresión rusa a Ucrania en 2022, se ha roto el marco de complementariedad económica y cooperación política y de seguridad. Se han impuesto los propios intereses estadounidenses, estratégicos, energéticos, económicos y geopolíticos. O sea, Europa (y Rusia) pierde, y EE. UU. gana. Se produce una crisis de la estrategia y la identidad alemana (y europea), que se ha decantado por la sumisión a EE. UU., mientras un Reino Unido, formalmente laborista y con orientación conservadora, se hace más militarista y seguidista del amigo americano, y una Francia derechista intenta su recolocación.

Pero, además, tras varias décadas de dinámica neoliberal en la construcción de la UE, incluida la estrategia de austeridad (2010-2014) ante la grave crisis socioeconómica y, a pesar de algunas políticas expansivas frente a la pandemia, se prioriza este vasallaje a EE. UU. con transferencia de fondos, aumento y reorientación de su gasto militar y su dependencia estratégica y energética respecto de sus objetivos geopolíticos; primero, con el incremento de la hostilidad imperialista al resto del mundo y, segundo, con una regresión social y autoritaria en el interior de Europa.

El presidente alemán, el democristiano Merz, ha dicho recientemente que era el momento de la independencia de Europa, es decir, de un nuevo hegemonismo alemán, para el que refuerza su poderío militar y su expansionismo económico, con un macro plan financiero y militar. También se pueden recordar las ínfulas de dirigentes franceses de derechas sobre la refundación del capitalismo o la muerte de la OTAN, o sea, del protagonismo de las élites francesas y su poder nuclear. Mientras tanto, el Reino Unido, se declara leal al amigo anglosajón y se separa de Europa, pero reclama su poder político-militar para la seguridad europea.

Se trata del gran soberanismo de las élites y grupos de poder de los principales países, en busca del interés de sus oligarquías respectivas y sus elementos comunes frente a sus mayorías sociales y a terceros países, más subalternos. En ese camino, las derechas tradicionales se aprestan a colaborar con las derechas extremas, cada vez más potentes e influyentes, seguidistas del reaccionarismo imperial del trumpismo, en contradicción con su supuesto nacionalismo como bienestar de sus poblaciones y cada vez más argumento esencialista pro oligárquico. El resultado es neutralizar a las izquierdas y movimientos progresistas y monopolizar el poder institucional y cultural-ideológico.

La socialdemocracia europea, particularmente la alemana, la danesa y la británica, con posiciones de gobierno, se va derechizando, en especial con el exclusivismo nacional, el militarismo y la segregación racista.

El presidente Sánchez, aunque ostente la jefatura de la Internacional Socialista, apenas se distancia un poco de alguno de los aspectos más problemáticos del nuevo orden imperial y reaccionario en construcción: aplicación otanista del 5% del PIB para gasto militar, que declara que va a cumplir; rendición comercial y estratégica europea, ante la que se muestra poco entusiasta; genocidio israelí, sin oposición contundente y que solo reclama el reconocimiento formal del estado palestino... Su actitud de limitado distanciamiento discursivo, dentro del consenso europeo y sin incomodar mucho a EE. UU., busca mantener una mínima estabilidad gubernamental ante sus socios y las bases de izquierda, pero no es capaz -o no tiene la voluntad- de articular una posición española y europea diferenciada y consistente, que refuerce su legitimidad cívica y frene los procesos de derechización interna y externa.

La primacía estadounidense y el reacomodo europeo

De pronto, Trump ha corrido el telón del orden mundial y aparece la cruda realidad del poder y la disponibilidad estratégica de las distintas élites supremacistas. Se produce un proceso de adaptación y jerarquización de la nueva estructura imperial en formación. Aparte de la cobertura de las extremas derechas al nuevo poder reaccionario,

los tres campeones geopolíticos y económicos europeos, Alemania, Francia y Reino Unido, con sus respectivos soberanismos nacionales, se aprestan a reconducir la supervivencia de su dominio relativo en sus sociedades, sus cercanías geoestratégicas y a nivel mundial, en un proceso adaptativo y subordinado con el jefe del imperio. No sin tensiones, con graves problemas de cohesión y legitimidad internas, y quizá esperando no ejecutar todo el sometimiento y que escampe a medio plazo, tras esta presidencia de Trump; pero prestos a cooperar entre ellos para mantener sus ventajas oligárquicas relativas, neocoloniales y de control de sus ciudadanías.

Ello explica la sumisión y el reacomodo de las élites europeas al liderazgo estadounidense, la renuncia a la autonomía estratégica, la dimisión como polo autónomo con un sentido progresista y pacífico. La apuesta geopolítica frente al Sur Global y el autoritarismo interno, están compartidos o, mejor, acatados respecto de EE. UU. y su actual estrategia extrema de dominación. Es la traición oligárquica a los supuestos valores fundacionales, a los intereses de sus países y sus pueblos; supone el retraimiento (gran) nacionalista y colonial, al amparo de la nueva hegemonía autoritaria.

Dentro del reajuste jerárquico con primacía estadounidense, los principales grupos de poder europeos tratan de construir un nuevo orden de ventajas relativas para súbditos leales y con mayor dependencia del resto de países para trasladar los daños a sus poblaciones. Todo ello, nada patriótico; solo beneficioso para los poderes de arriba, y con una gran fragilidad retórica, ética y cívica.

Ante esa dinámica se recrudece la pugna de las élites de ambas derechas y sus respectivos grupos poderosos, cada vez más extremos, por conseguir una posición relativa de mayor influencia en su orientación estratégica, así como en el reflejo, en las instituciones comunitarias, de los intereses de esos poderes nacionales renegociados, con nuevos equilibrios políticos. Atrás quedan las democracias liberales, en especial, para las instituciones europeas, incluida la OTAN, que se van vaciando de participación y confianza cívicas. Se avanza hacia sistemas políticos postdemocráticos. Su designio autoritario está claro: Las mayorías sociales de los distintos pueblos europeos, si no



se rearticulan, pasarán a estar más subordinadas, en particular, las izquierdas y los movimientos progresistas; el Sur Global seguirá su camino, más o menos disperso, aunque habrá que aislar a China y contener a los BRICS y, en particular, a los grandes países de izquierda (Brasil, México, Colombia, Sudáfrica...), mandando algún recado intimidatorio a posibles aliados dísculos (incluido el gobierno de coalición progresista español).

En todo caso, por su peso económico y político, el futuro de la humanidad también va a depender de la articulación de una nueva Europa, social y democrática, con los valores progresistas auténticos de igualdad, libertad y solidaridad, ajenos al poder establecido y la nueva jerarquía imperial. Entonces, se podrá hablar de un nuevo polo geopolítico autónomo, de referencia mundial multipolar y colaborativo. Pero la salida no vendrá de las élites europeas, sino de la capacidad democratizadora de sus sociedades.

Antonio Antón. Sociólogo y politólogo

Cuando las máscaras Caen: EE.UU., China y Rusia anulan el derecho a la autodeterminación del Pueblo Saharaui

¿Qué tipo de lecciones nos proporcionan Rusia y China con su posicionamiento en contra del derecho a la autodeterminación del pueblo saharaui en el Consejo de Seguridad de la ONU?

El pueblo saharaui lleva casi medio siglo esperando y luchando por poder decidir su futuro. Esta pasada semana, las grandes potencias hegemónicas de la ONU - EEUU, China y Rusia no solo les dieron la espalda a sus reivindicaciones históricas, sino que, además, le arrebataron la posibilidad de ejercer el derecho a la autodeterminación en el futuro. La monarquía marroquí logró el respaldo diplomático que necesitaba. ¿Qué poderosos intereses hicieron posible esta inesperada decisión? ¿Cobra ahora sentido el giro en la política exterior española de hace un par de años cuando Sánchez decidió apoyar el "Plan marroquí"? Nuestro colaborador Manuel Medina nos lo explica en este artículo.

Manuel Medina

03/11/2025

Canarias Semanal

Durante décadas, Marruecos ha venido cultivando una política exterior discreta, persistente y meticolosa, orientada a la construcción de una "*legitimidad*" que justificara su proyecto de anexión del Sáhara Occidental.

El conflicto, que comenzó tras el abandono de España de su antigua colonia, en 1975, había quedado encallado en un callejón diplomático sin salida. Pero el Palacio Real de Rabat, lejos de conformarse con el inmovilismo, apostó por una vía distinta: convencer a los grandes actores del tablero internacional de que su plan de "*autonomía bajo soberanía marroquí*" era la única opción viable.

Para ello, la diplomacia marroquí fue entretejiendo acuerdos económicos, militares y estratégicos con actores aparentemente antagónicos, como Estados Unidos, Rusia, China e incluso Israel. En paralelo, Rabat invirtió fuertemente en el desarrollo del territorio ocupado: carreteras, puertos, energía solar y grandes inversiones extranjeras sirvieron para "*normalizar*" una ocupación que ya casi nadie parecía cuestionar.

Con China, Marruecos profundizó una relación que va mucho más allá de los vínculos comercia-

les. Pekín ha encontrado en Marruecos una puerta de entrada a África Occidental. A través de su iniciativa de la Franja y la Ruta, ha financiado infraestructuras clave en Casablanca, El Aaiún y Dajla. Además, Marruecos se convirtió en proveedor de fosfatos y metales raros fundamentales para la industria tecnológica china. A cambio, recibió inversiones, tecnología y respaldo en foros multilaterales.

Rusia, por su parte, ha visto en Marruecos un socio útil en el norte de África. Si bien no ha habido un pacto militar formal, sí han existido intercambios de entrenamiento, cooperación en seguridad y ventas de armamento ligero. La discreta relación entre Moscú y Rabat también le permitió a Putin ganar influencia en la región sin comprometerse abiertamente con Argelia, un tradicional y antiguo aliado de la hoy desaparecida Unión Soviética.

El caso más llamativo es el de Israel. Tras los "*Acuerdos de Abraham*" y el reconocimiento estadounidense de la soberanía marroquí sobre el Sáhara durante el primer mandato de Donald Trump, Marruecos e Israel reforzaron su cooperación en ámbitos como la ciberseguridad, la inteligencia, la industria militar y la tecnología de vigilancia. Esta alianza, con implicaciones profun-

das, ofreció a Rabat acceso a tecnología militar de última generación y la bendición de Washington.

Todo este *tejido de alianzas* tenía un objetivo común: construir una red de apoyos geopolíticos que garantizara el respaldo —o al menos la neutralidad— de las grandes potencias capitalistas en litigio cuando llegara el momento de la verdad. Y ese momento llegó en la última sesión del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, celebrada la semana pasada.

Una sesión que cambió la historia: la votación en la ONU

En efecto, este 31 de octubre de 2025 pasará a la historia como el día en que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas legitimó *de facto* el plan de autonomía de Marruecos sobre el Sáhara Occidental. La resolución, redactada por Estados Unidos, fue aprobada con 11 votos a favor, con la abstención de Rusia, China y Mozambique, y la ausencia de Argelia, que decidió no participar en el siniestro contubernio como forma de protesta.

El texto renovaba por un año más el mandato de la MINURSO —la misión de la ONU en el territorio— pero introducía un giro político clave: establecía que las negociaciones futuras se basarían en la propuesta marroquí como único marco posible. En la práctica, esto significa descartar de forma definitiva la vía de la autodeterminación para el pueblo saharaui.

En el discurso con el que el rey Mohammed VI celebró el evento no dejó lugar a dudas sobre la lectura oficial del reino alauí: “*La comunidad internacional ha reconocido, por fin, el carácter legítimo, serio y realista de nuestro plan de autonomía*”, afirmó.

En su mensaje, agradeció también explícitamente a Estados Unidos, España y Reino Unido por su “*compromiso con la paz y la estabilidad*”.

Para Argelia, esta operación ha representado una traición. Su cancillería calificó la resolución como “*una grave violación del derecho internacional y de los principios de descolonización de las Naciones Unidas*”.

El Frente Polisario, por su parte, denunció que se

trata de “*la legalización de una ocupación militar mediante una coartada diplomática*”.

Mientras tanto, en la sede de la ONU, ni Rusia ni China pronunciaron discursos encendidos. Sus embajadores se limitaron a justificar sus abstenciones como “*decisiones pragmáticas*” destinadas a “*no bloquear un proceso de paz en curso*”. Pero el mensaje era claro: *ni Moscú ni Pekín estaban dispuestos a usar su derecho a voto en el Consejo de Seguridad para proteger la autodeterminación del pueblo saharaui*.

Del Sahara a los contratos: el precio del “Giro copernicano” español

Cuando en marzo de 2022 Pedro Sánchez reconoció por carta el *plan de autonomía marroquí* como “*la base más seria, creíble y realista*” para resolver el conflicto del Sáhara Occidental, lo hizo haciendo trizas más de cuatro décadas de consenso diplomático en España. Hasta entonces, todos los gobiernos —sin importar su color político— habían mantenido una posición ambigua pero coherente: apoyar las resoluciones de la ONU, sin inclinarse por ninguna de las partes.

La decisión generó estupor interno y escándalo internacional. Pero ahora, con la resolución aprobada por el Consejo de Seguridad de la ONU que legitima el plan marroquí como marco exclusivo de solución, el movimiento de Sánchez cobra un nuevo y clarificador sentido, que ayuda a que podamos descubrir lo que había detrás de aquella sorprendente decisión. Lejos de ser un posicionamiento *aislado o improvisado*, todo indica que España actuó como pieza anticipada en una jugada más amplia y orquestada, diseñada para allanar el camino hacia el aval multilateral que Rabat perseguía desde hace años, y que ya contaba entonces con el sostén fundamental de Estados Unidos y de Francia.

Tras el apoyo español, Marruecos consiguió también el aval de Alemania (agosto de 2022), Dinamarca (septiembre de 2024), Reino Unido (1 de junio de 2025), Portugal (22 de julio de 2025) y Bélgica (octubre de 2025).

Sánchez, por tanto, no fue un verso suelto, sino un actor consciente de una estrategia más amplia. Su gesto sirvió como *prueba piloto*: si incluso la



antigua potencia administradora daba por buena la propuesta de autonomía, el camino hacia la legalización internacional de la ocupación quedaba despejado.

España, a cambio, consolidó una mejora en sus relaciones bilaterales con Marruecos, aseguró la colaboración en materia migratoria y evitó crisis fronterizas en Ceuta, Melilla y Canarias. Pero el precio fue alto: la credibilidad internacional de España como supuesta defensora del derecho internacional y el principio de autodeterminación quedó gravemente erosionada.

Intereses económicos en la sombra: Fosfatos, energía y negocios en expansión

Más allá de la geopolítica, también hay razones económicas concretas que podrían haber influido en la decisión española. Los territorios ocupados del Sáhara Occidental contienen una de las mayores reservas de fosfatos del mundo, un recurso vital para la agricultura industrial, en el que España tiene intereses empresariales crecientes, especialmente a través de multinacionales que operan en colaboración con la OCP marroquí (la poderosa Oficina Cherifiana de Fosfatos).

Además, las aguas del Sáhara Occidental están entre las más ricas en pesca del Atlántico, y desde hace años han sido objeto de acuerdos pesqueros entre la UE y Marruecos, que incluyen ilegalmente esas aguas. España, cuyo sector pesquero es uno de los más beneficiados por esos convenios, no ha protestado nunca por esta inclusión, a pesar de las reiteradas denuncias del Tribunal de Justicia de la Unión Europea.

Por otro lado, Rabat ha iniciado exploraciones para la extracción de hidrocarburos en aguas saharauis, con la participación de compañías extranjeras interesadas en el potencial energético de la región. No sería extraño que España, a través de consorcios energéticos o acuerdos a puerta cerrada, también aspirara a beneficiarse de estos valiosos recursos.

En este contexto, el apoyo al plan marroquí puede haber sido una inversión política de futuro, un modo de garantizar una posición favorable en la nueva economía de los territorios ocupados, ahora que todo indica que el "plan de autonomía" se convertirá en la base legal para las futuras explotaciones económicas.

La complicidad rusa y china: ¿Aliados o imperios en silencio?

Muchos analistas esperaban que Rusia y China frenaran, con su derecho de voto, esta resolución que consolida la posición marroquí sobre el Sáhara Occidental. No ocurrió así, sino todo lo contrario. Ambos países se abstuvieron, lo que en la práctica fue una forma explícita de dar luz verde al plan impulsado por Estados Unidos sin, supuestamente, ensuciarse las manos. Es la estrategia clásica del “no bloqueo”, que ya han empleado antes cuando la decisión favorece sus intereses indirectamente o les evita enemistades innecesarias.

Pero, ¿por qué no votaron en contra? Las razones - ajenas a cualquier consideración ética o legal sobre el derecho a la autodeterminación de los sahrauis –son también económicas y geopolíticas.

China, por ejemplo, ha reforzado sus vínculos con Marruecos durante la última década en múltiples frentes. No solo importa grandes cantidades de fosfatos —claves para su producción agrícola— sino que también ha invertido en infraestructuras como puertos, ferrocarriles y parques industriales, algunos situados en pleno territorio saharaui ocupado. *El plan de autonomía marroquí* ofrece a Pekín, por tanto, una “normalización” de sus intereses económicos en la zona.

Por su parte, Rusia, aunque mantiene históricas buenas relaciones con Argelia, ha decidido *no juzgar fuerte en esta partida*. Necesita a Marruecos como *actor estable* en una región convulsa y paga así su postura neutral ante la guerra en Ucrania. A ello se suma el interés ruso por aumentar su influencia en África occidental, donde Marruecos puede actuar como *ponte y aliado*. Así, Moscú elige una abstención “cómoda” que le permite quedar bien con todos... menos con los sahrauis.

Ambos países, además, están profundamente interesados en proyectar la imagen de *potencias globales “constructivas”* que no bloquean resoluciones multilaterales. Pero esta postura revela lo que ya muchos sospechan: ni China ni Rusia son garantes de los derechos de los pueblos, sino actores que responden, como todas las grandes po-

tencias capitalistas, a sus propios cálculos mercantiles y geopolíticos.

El antecedente libio: cuando Rusia y China también se lavaron las manos

Este no es, en efecto, el primer caso en que Rusia y China dejan que se apruebe una resolución que conlleva consecuencias dramáticas para un país del Sur global. En 2011, ambos países se abstuvieron en la votación de la ONU que dio comienzo a la intervención militar de la OTAN en Libia, bajo la excusa de *proteger a la población civil*.

El resultado fue el derrocamiento de Muamar el Gadafi, el colapso del Estado libio y el inicio de una guerra civil que, aún hoy, sigue desangrando a ese país. Entonces —como ahora— la abstención de Moscú y de Pekín permitió a las potencias occidentales intervenir en Libia contando con cobertura legal. Años más tarde, Rusia se quejaría de *haber sido “engañada” por Washington*, pero lo cierto es que su abstención abrió la puerta a una operación que destruyó uno de los Estados más desarrollados de África.

El paralelismo ahora con el Sáhara es evidente. Ambos casos muestran que, cuando se trata de defender el derecho internacional frente a los intereses imperiales, los discursos se diluyen y las abstenciones hablan más fuerte que cualquier tipo de manifiesto.

El mundo reacciona: periodismo, activismo y silencio político

Las reacciones al *nuevo giro* del conflicto del Sáhara han sido disímiles. Algunos medios internacionales han tratado la noticia como un paso hacia la “estabilidad”, comprando plenamente el discurso de la monarquía alauita. Sin embargo, medios independientes, organizaciones de derechos humanos y movimientos prosaharaus han denunciado lo que consideran una traición al principio de autodeterminación y un aval implícito a una ocupación militar.

En países como España, Argelia, Sudáfrica y varios de América Latina, periodistas y activistas han criticado duramente la resolución, señalando que “*la ONU ha renunciado a su función como garante del derecho de los pueblos a decidir su futuro*”.

En redes sociales, las etiquetas como #SaharaLibre, #NoALaAnexión o #ONUComplice se viralizaron en cuestión de horas, acompañadas por imágenes de jóvenes saharauis exiliados y veteranos del Polisario en los campamentos de Tinduf.

Una lección para la izquierda global: ¿Hay, por fin, un imperio bueno?

Este episodio deja una lección amarga - que quizá aún sean incapaces de aprender - a los sectores de la *izquierda* confusa y difusa que han depositado esperanzas en los BRICS como *alternativa geopolítica* al dominio occidental. La posición de Rusia y China muestra que estos países, más allá de su hueca retórica antiimperialista, también actúan como potencias interesadas, capaces de sacrificar cualquier principio por sus propios beneficios económicos y estratégicos.

La idea de que los BRICS, encabezados por Rusia y China, podían ser el *contrapeso moral y político* al orden mundial hegemónicoizado por EE.UU. y sus aliados, no ha tardado en desmoronarse con esta decisión política -y otras, como el aval ruso al gobierno yihadista impuesto al pueblo sirio-. ¿Cómo defender la legitimidad de un bloque que se abstiene frente a una resolución que legaliza una ocupación militar?

La última votación en el Consejo de Seguridad de la ONU ha dejado al descubierto el límite de ese endeble y engañoso relato que pretende hacernos creer que el papel que no desempeñen las resistencias antiimperialistas populares podría ser reemplazado por el accionar de determinadas potencias capitalistas, por el mero hecho de que estas sean competidoras del imperialismo estadounidense.

Ni Rusia ni China han mostrado voluntad de defender el derecho del pueblo saharauí a decidir su destino. Al contrario, han demostrado que cuando sus intereses están en juego son capaces de dejar caer cualquier causa justa sin inmutarse.

De esta forma, Marruecos ha logrado lo que parecía imposible: imponer su visión sobre el futuro del Sáhara Occidental con la complicidad de las grandes potencias capitalistas que con toda ferocidad están tratando de repartirse el planeta. Y no solamente, como ha quedado trágicamente en

evidencia, de los Estados Unidos, Francia, España o Inglaterra. La *diplomacia del dinero, los contratos energéticos, la geoestrategia y la pasividad internacional* han conseguido lo que las armas no habían logrado.

Para el pueblo saharauí, empieza ahora una nueva fase, aún más cuesta arriba, en la que su lucha por la autodeterminación se ve más aislada que nunca. Y a quienes aún creen en la *multipolaridad* como sinónimo de justicia, esta historia les obliga a realizar una reflexión profunda: no hay *imperios buenos* cuando se trata de defender los derechos de los pueblos.

(*) Manuel Medina es profesor de Historia y divulgador de temas relacionados con esa materia

FUENTES CONSULTADAS:

Frente Polisario – Representación en Europa y ONU. (Pronunciamientos recientes sobre el giro diplomático y posicionamientos oficiales). Tribunal de Justicia de la Unión Europea (TJUE). (Fallos contra los acuerdos comerciales entre la UE y Marruecos que incluyen recursos saharauis). Oficina del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Derechos Humanos (OHCHR). (Informes sobre la situación humanitaria en el Sáhara ocupado).

Noticias sobre los Acuerdos de Abraham y relaciones Marruecos-Israel. – Al Jazeera, Middle East Monitor, Le Monde Diplomatique. (Información sobre cooperación militar, ciberseguridad e inteligencia).

Estudios sobre la relación China-Marruecos. – Africa Center for Strategic Studies, China Global Investment Tracker. (Desarrollo de infraestructuras, inversiones en energía y minería). Análisis sobre Rusia y Marruecos. – Carnegie Moscow Center, The Diplomat. (Cooperación en seguridad, armas y presencia geopolítica en África).

Fuente: <https://canarias-semanal.org/art/38382/cuando-las-mascaras-caen-eeuu-china-y-rusia-anulan-el-derecho-a-la-autodeterminacion-del-pueblo-saharaui>

La farsa del reconocimiento y la arquitectura global de la complicidad

Lic. Alejandro Marcó del Pont

28/09/2025

El Tábano Economista

La burocracia en la era del genocidio (El Tábano Economista)

El 22 de septiembre de 2025, 155 países en la Asamblea General de la ONU reconocen formalmente al Estado de Palestina. Este evento es presentado como un momento histórico, un punto de inflexión en la larga y agónica lucha por la autodeterminación palestina. La paroja es obsena, la legitimidad internacional alcanza su cenit precisamente cuando la posibilidad material de un Estado palestino viable se desvanece hasta casi la inexistencia. Este reconocimiento, no es un preludio de la libertad, sino su epitafio burocrático.

Este divorcio absoluto entre la retórica grandilocuente de la comunidad internacional y la realidad catastrófica sobre el terreno no es un accidente, ni un error de cálculo o un fallo logístico. Por el contrario, es el síntoma deliberado y predecible de una maquinaria de poder global cuidadosamente engrasada, cuyos engranajes giran con una sincronización letal. Una maquinaria impulsada por el motor implacable de la ideología sionista expansionista, facilitada por la negligencia cómplice y estructural de las Naciones Unidas, financiada y armada de manera incondicional por los Estados Unidos, y tolerada con un silencio cómplice por una liga de estados árabes cuyo mutismo ha sido adquirido mediante acuerdos económicos y garantías de seguridad geopolítica.

Nos encontramos, pues, no ante un simple conflicto asimétrico, sino ante la puesta en escena de un genocidio en cámara lenta, un proceso metódico de limpieza étnica que el mundo observa, no con verdadera impotencia, sino con una mezcla de indiferencia calculada y, en muchos casos, de abierta y activa complicidad. Desentrañar los hilos de esta complicidad es el objetivo de este análisis.

Para comprender la persistencia y la ferocidad del

proyecto colonial sionista, es imperativo desmontar los mitos fundacionales sobre los que se erige su narrativa de legitimidad. Estos mitos no son adornos anecdóticos; son la base ideológica que justifica la violencia presente.

En su obra fundamental, “La invención del pueblo judío (2008)”, el historiador israelí Shlomo Sand realiza una demoledora deconstrucción académica de la narrativa nacional israelí. Sand argumenta, con un rigor documental incontestable, que no existe una nación judía con un origen étnico-biológico común, sino más bien una comunidad religiosa y cultural formada por conversiones y asimilaciones. La diáspora, tal como se narra en la epopeya nacional, es en gran medida una construcción legendaria.

La idea de un «pueblo judío» unificado, exiliado (diáspora) por la fuerza de su tierra natal y destinado por un designio divino o histórico a regresar tras dos milenarios, fue, según Sand, una construcción intelectual del siglo XIX. Su tesis alternativa es que la mayoría de **los judíos no abandonaron Judea**. Afirma que los palestinos árabes actuales son, en gran medida, descendientes de los antiguos habitantes de la región (campesinos judíos y otros pueblos) que se convirtieron al islam y al cristianismo con el tiempo.

El ejemplo más famoso de su argumentación es la de retomar la teoría de un imperio túrquico entre el Mar Negro y el Caspio (los jásaros) se convirtió masivamente al judaísmo alrededor del siglo VIII. Afirma que los judíos ashkenazies (de Europa del Este) son, en su mayoría, descendientes de estos jásaros convertidos, y no de exiliados de Judea.

Esta revisión histórica no es un mero ejercicio académico de arqueología intelectual; es la clave para descifrar la lógica inherente del conflicto. Si el sionismo se presenta a sí mismo como el «re-

greso» de un pueblo a su tierra ancestral después de dos mil años, la presencia física, demográfica y cultural de otro pueblo se convierte en un inconveniente histórico insuperable.

El genocidio que presenciamos hoy en Gaza, la anexión progresiva de Cisjordania y la política de «judaización» de Jerusalén Este no son, en esta perspectiva, una desviación del proyecto sionista, sino su fase final y más acelerada. Es la culminación lógica de una ideología que, para afirmar su propia verdad inventada, debe destruir sistemáticamente la verdad tangible del otro. La negación israelí de la identidad nacional palestina, la destrucción metódica de archivos, bibliotecas, universidades y registros civiles en Gaza, y el intento de borrar cualquier vestigio de vida palestina anterior a 1948 no son simples actos de barbarie irracional. Son la aplicación fría y calculada de una lógica colonial: la eliminación del obstáculo demográfico para la consolidación definitiva del «Gran Israel».

Frente a esta maquinaria de destrucción basada en un mito nacional, la principal institución diseñada ex profeso para prevenir los crímenes contra la humanidad y garantizar la paz y la seguridad internacionales, las Naciones Unidas, se ha revelado no como un contrapeso, sino como una farsa estructural. Es crucial entender que su incapacidad crónica no es un fallo de funcionamiento; es el funcionamiento mismo del sistema. La arquitectura de poder de la ONU, concebida en los albores de la Guerra Fría, consagra un desequilibrio de poder que Israel y sus aliados han explotado con maestría.

El mecanismo más evidente de esta farsa es el derecho de veto en el Consejo de Seguridad, un privilegio anacrónico y antidemocrático de los vencedores de la Segunda Guerra Mundial. Estados Unidos ha utilizado este poder de forma sistemática e implacable para blindar a Israel de cualquier consecuencia real. Cada resolución condenatoria que muere en la mesa del Consejo de Seguridad envía un mensaje claro y devastador a israelíes y palestinos por igual: Israel opera en un espacio de impunidad total, por encima del derecho internacional que rige para el resto de los Estados. Este veto no es un acto neutral; es un acto de complicidad activa que proporciona la cobertura diplomática necesaria para que la ocupación

y la anexión continúen.

Pero la complicidad de la ONU es más profunda y siniestra que el simple veto. Su papel se ha visto reducido progresivamente a la gestión humanitaria de la catástrofe que ella misma es incapaz de detener. Agencias como la UNRWA (Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina en Oriente Próximo) realizan una labor heroica y esencial, repartiendo alimentos, proporcionando educación y atención médica a una población sitiada y traumatizada. Sin embargo, en el marco general, esta función humanitaria ha convertido a la ONU en el «conserje del genocidio». Se limita a limpiar parcialmente los vestigios de la masacre, a paliar los síntomas más inmediatos del horror, pero carece del poder, y lo que es más grave, de la voluntad política colectiva, para detener al asesino.

Si las Naciones Unidas representan la arquitectura de la impotencia, Estados Unidos se erige como el arquitecto activo y principal sostén de la opresión. La relación entre Washington y Tel Aviv trasciende con creces la mera alianza estratégica entre dos estados; es una simbiosis profundamente arraigada en lo ideológico, lo militar y lo doméstico. Como señalaba con agudeza un análisis en Jacobin, titulado «State of Palestine Self Determination», el reconocimiento internacional es un gesto vacío si no viene acompañado de la capacidad material de ejercer soberanía.

El flujo constante y generoso de ayuda militar estadounidense es el combustible que alimenta la máquina de guerra israelí. Esta transferencia de armas, que asciende a miles de millones de dólares anuales y se realiza a través de mecanismos que eluden el escrutinio público rutinario, proporciona a Israel la herramienta fundamental para llevar a cabo su campaña de exterminio y control territorial. Esta complicidad material continúa impertérrita, año tras año, administración tras administración, a pesar de las crecientes y abrumadoras evidencias de crímenes de guerra y de lesa humanidad documentadas por organizaciones de derechos humanos israelíes, palestinas e internacionales.

¿Cómo se sostiene políticamente esta contradicción? La respuesta reside en la profunda influencia del lobby sionista, encabezado por el

poderosísimo AIPAC (Comité de Asuntos Públicos Estadounidense-israelí), sobre el Congreso de los Estados Unidos. El poder de AIPAC y grupos afines no es un mito conspirativo; es una realidad tangible del sistema político norteamericano. Como señaló acertadamente el economista Jeffrey Sachs, la influencia es tan profunda que a menudo parece que es el Mossad, el servicio de inteligencia israelí, quien determina los parámetros de la política exterior estadounidense en la región.

Mientras Palestina se desangra, el silencio ensordecedor, o la abierta colaboración, de los estados árabes vecinos constituye uno de los factores más desmoralizadores y reveladores de esta tragedia. Sus declaraciones de condena rituales en el seno de la Liga Árabe son puro teatro, carentes de cualquier consecuencia tangible o acción concreta. La pregunta que surge de manera obligada es: ¿qué poderosos intereses silencian a las petromonarquías del Golfo y a los regímenes árabes autoritarios?

La respuesta es multifacética, pero se reduce a una fría ecuación de intereses económicos y geopolíticos. Por un lado, se erige la amenaza percibida común: la República Islámica de Irán y el llamado «eje de resistencia» chiíta. Para Arabia Saudita, Emiratos Árabes Unidos y Bahrein, el ascenso regional de Irán representa un desafío existencial a su hegemonía suní. En esta lógica geopolítica de realpolitik, Israel se ha reposicionado hábilmente como el «gendarme» no declarado, pero extremadamente eficaz, para contener y debilitar la influencia persa.

Por otro lado, opera la simple lógica del capital. Las élites gobernantes de estos estados están profundamente integradas en los circuitos de la economía global capitalista. Sus fondos de inversión soberanos tienen vastas participaciones en empresas occidentales, sus príncipes y jeques poseen propiedades suntuosas en Londres, París y Nueva York, y su supervivencia depende del mantenimiento de los precios del petróleo y de las relaciones estables con los centros de poder financiero global. Un enfrentamiento abierto con Israel, y por extensión con su garante, Estados Unidos, pondría en riesgo inmediato esta riqueza y la estabilidad de sus regímenes.

Al final de este sombrío recorrido, el entramado de

complicidades queda al descubierto. La narrativa inventada del sionismo, la farsa institucionalizada de la ONU, la colaboración criminal de Estados Unidos y la traición venal de los estados árabes han logrado crear una realidad distópica casi perfecta: un pueblo encarcelado en cantones desconectados, bombardeado periódicamente, desplazado forzosamente y sometido a un régimen de apartheid, cuyo reconocimiento como estado por parte de 155 países no es más que una cáscara vacía, un acto de hipocresía monumental.

El tiempo de las resoluciones vacías y las declaraciones grandilocuentes ha terminado. La votación en la ONU de septiembre de 2025 será recordada, si no se actúa con decisión, como el momento en que el mundo le dio la última palma-dita en la espalda a un moribundo. Solo la presión organizada, materializada en el boicot económico, académico y cultural internacional, y la exigencia incansable de responsabilidades penales individuales ante la Corte Penal Internacional, pueden romper el cerco de hierro de la complicidad. La alternativa es permitir que el reconocimiento del Estado de Palestina se convierta, no en su certificado de nacimiento, sino en su último y amargo adiós.



El reconocimiento de Palestina es una repetición del fraude de la «paz» de Oslo por parte de Occidente

Jonathan Cook

Middle East Eye

26/09/2025 Traducido del inglés

por Sinfo Fernández

Voces del Mundo

El renuente reconocimiento de la condición de Estado palestino por parte de Gran Bretaña, Francia, Australia y Canadá esta semana es una estafa: es la misma trampa que ha estado bloqueando la creación de un Estado palestino a lo largo de tres décadas.

Imaginemos que estos cuatro países occidentales líderes hubieran reconocido a Palestina no a finales de 2025, cuando Palestina se encuentra en las últimas etapas de ser erradicada, sino a finales de la década de 1990, durante un período de supuesta construcción del Estado palestino.

Fue entonces cuando se firmaron los Acuerdos de Oslo con el respaldo occidental. La Autoridad Palestina (AP) se estableció bajo el mandato de Yasser Arafat con el objetivo aparente de que Israel se retirara gradualmente de los territorios que aún ocupa en Gaza, Cisjordania y Jerusalén Este, y que la AP comenzara a gobernar un Estado palestino emergente.

Cabe señalar que, ante la insistencia de Israel, los Acuerdos de Oslo evitaron cuidadosamente cualquier mención al destino final de este proceso. No obstante, el mensaje de los políticos y los medios de comunicación occidentales era el mismo: esto conducía a un Estado palestino que iba a convivir en paz con Israel.

Mirando atrás, es evidente por qué eso no sucedió cuando aún parecía factible.

El líder israelí de la época, Yitzhak Rabin, dijo al Parlamento israelí que su visión no era la de un Estado, sino la de «una entidad menor que un Estado»: una autoridad local palestina glorificada, totalmente dependiente de su vecino más grande, Israel, para su seguridad y supervivencia económica.

Después de que Rabin fuera asesinado por un pistolero de extrema derecha, su sucesor, Benjamin Netanyahu, fue impulsado al poder por la mayoría del pueblo israelí con el mandato de detener el proceso de Oslo.

Renegó repetidamente de sus compromisos de retirar a los soldados israelíes y a las milicias de colonos judíos de Cisjordania. De hecho, en este período de supuesta «pacificación», Israel colonizó tierras palestinas al ritmo más rápido de la historia. En 2001, durante su etapa en la oposición, Netanyahu fue grabado en secreto explicando cómo había logrado este cambio de rumbo.

Decía que se había aferrado al territorio palestino, violando los Acuerdos de Oslo, imponiendo «mi propia interpretación de los acuerdos» para que vastas extensiones pudieran seguir definiéndose como «zonas de seguridad». Y añadió: «Detuve el cumplimiento de los Acuerdos de Oslo».

Se le preguntó si no hubo una reacción por parte de las potencias occidentales. «Estados Unidos es algo que se puede manipular fácilmente y mover en la dirección correcta», respondió.

Sabotaje de la paz

Lo que eso significó en la práctica, desde el fin efectivo del proceso de Oslo unos años más tarde, fue una serie de iniciativas presidenciales estadounidenses cada vez menos favorables a los palestinos.

En 2000, las cumbres de Camp David de Bill Clinton entre los líderes israelíes y palestinos no lograron acordar ni siquiera un Estado palestino minimalista que Israel estuviera dispuesto a aceptar.

La Hoja de Ruta para la Paz de George W. Bush en 2003 intentó sin mucho entusiasmo resucitar la creación de un Estado palestino, pero se vio frustrada por la aceptación, por parte de Estados Unidos, de 14 “condiciones previas” imposibles por parte de Israel para las negociaciones, entre ellas la continuación de la expansión de los asentamientos.

Barack Obama llegó al cargo con una gran visión de paz que se vio rápidamente frustrada por la negativa de Israel a detener la expansión de sus asentamientos ilegales y el robo de más tierras en Cisjordania necesarias para un Estado palestino.

El tan publicitado plan del «acuerdo del siglo» de Donald Trump en 2020, llevado a cabo por encima de los líderes palestinos, disfrazaba la anexión de gran parte de Cisjordania como la creación de un Estado palestino.

El equipo de Trump también consideró un plan para incentivar económicamente —en la interpretación más benévola— a los palestinos de Gaza para que se trasladaran al desierto del Sinaí, en Egipto.

En realidad, estas dos décadas de pérdida de tiempo, mientras Israel seguía brutalizando a los palestinos y arrebataándoles sus tierras, no incentivaron la paz, sino una mayor resistencia palestina, que culminó con la fuga de Hamás de Gaza el 7 de octubre de 2023.

La respuesta de Israel fue un genocidio en Gaza, en el que el presidente estadounidense Joe Biden se convirtió en un socio activo desde el principio, enviando bombas para ayudar a arrasar el enclave a la vez que proporcionaba cobertura diplomática. Mientras tanto, Israel iba acelerando sin obstáculos su anexión de facto de Cisjordania.

La última contribución de Trump ha sido dar a conocer un «Plan Riviera de Gaza», en el que se «limpiará» a los 2,3 millones de palestinos que consigan sobrevivir y se reconstruye el enclave, con dinero del Golfo, como un parque de atracciones para los ricos.

Las informaciones de esta semana sobre una versión edulcorada del plan sugieren que Tony Blair, acusado de crímenes de guerra por su papel en la

invasión y posterior destrucción de Iraq hace dos décadas junto a George W. Bush, podría ser nombrado «gobernador» efectivo de una Gaza en ruinas.

Vaciamiento

Entonces, ¿por qué ahora, después de 30 años de conspiración occidental para la lenta erradicación de Palestina, un Estado reconocido desde hace tiempo por el resto del mundo, varias capitales occidentales han roto filas con Estados Unidos y han reconocido la condición de Estado palestino?

La respuesta corta es que ese reconocimiento les sale ahora relativamente gratuito.

Como es habitual, el primer ministro británico Keir Starmer hizo el anuncio al tiempo que echaba por tierra su propio acto de reconocimiento al dictar qué tipo de Estado tendría que ser Palestina.

No uno soberano, en el que el pueblo palestino tomara sus propias decisiones, sino uno que se hiciera eco de la «entidad menor que un Estado» de Rabin.

Starmer insistió en que Hamás, el gobierno electo de Gaza y una de las dos principales facciones políticas de Palestina, no podría participar en la gestión de este Estado. Por supuesto, el Estado palestino tampoco tendría ejército para defenderse del Estado genocida vecino.

Un informe publicado esta semana en The Telegraph indica que, incluso después del reconocimiento formal, Starmer sigue imponiendo nuevas condiciones destinadas a vaciar de contenido su declaración.

Entre ellas se incluyen: La exigencia de nuevas elecciones palestinas, elecciones que sólo pueden celebrarse con el permiso de Israel, permiso que no va a dar; una revisión de cualquier nacionalismo palestino latente al que Israel se oponga en el sistema educativo palestino, a pesar de que el propio sistema educativo israelí lleva mucho tiempo impregnado de incitación genocida; la exigencia de que la Autoridad Palestina no indemnice a las familias de nadie a quien Israel declare «terrorista», lo que abarca prácticamente a cualquier



palestino asesinado o encarcelado por Israel.

En otras palabras, el Estado palestino «reconocido» por Starmer se concibe como la misma «entidad» ficticia y completamente dependiente que Israel ha estado abusando durante 30 años.

Esa ha sido siempre la “visión” de Occidente acerca de los dos Estados.

«Recompensa por el terrorismo»

Pero la verdad más profunda que Starmer pretende ocultar con su reconocimiento es que, si no queda territorio palestino —Gaza arrasada y su población muerta o purgada, y Cisjordania anexionada—, la creación de un Estado se convierte en algo irrelevante.

Eso es lo que se quiere decir cuando los medios de comunicación hablan de que el reconocimiento es principalmente «simbólico». Starmer y otros lo ven como poco más que un tirón de orejas retrospectivo a Israel por no jugar limpio.

Es un ejercicio sin coste alguno porque, aunque Israel finge indignación por el reconocimiento, que supuestamente es una «recompensa por el terrorismo», tanto él como su patrocinador en Wash-

ington saben que en realidad no hay nada tangible en juego.

Si la administración Trump se opusiera vehemente incluso al reconocimiento simbólico —como parecen haber hecho las administraciones anteriores, cuando la creación del Estado podría haber sido viable—, ¿quién imagina realmente que Starmer o el canadiense Mark Carney se habrían atrevido a salirse del guion?

Además, el reconocimiento envía un mensaje totalmente falso a sus propios ciudadanos de que estas capitales occidentales están «haciendo algo» por los palestinos. Que se están enfrentando a Israel y, detrás de él, a Estados Unidos.

Starmer está especialmente interesado en enviar ese mensaje cuando se enfrenta a la conferencia anual del Partido Laborista, dos años después de un genocidio que ha respaldado abiertamente.

El reconocimiento es un gigantesco ejercicio de distracción, una operación de lavado de imagen, que ignora la realidad sustantiva: que, aparte de este acto «simbólico», estos Estados occidentales siguen armando a Israel, entrenando a soldados israelíes, proporcionándole inteligencia, comerciando con él y brindándole apoyo diplomático.

Starmer sigue recibiendo calurosamente en Downing Street al presidente israelí, Yitzhak Herzog, quien al comienzo de la matanza en Gaza ofreció la justificación central para el genocidio, argumentando que nadie en Gaza, ni siquiera su millón de niños, era inocente.

El reconocimiento de Palestina no sólo no mejorará la situación de los palestinos, sino que tampoco exigirá ningún cambio de comportamiento por parte de Israel y sus patrocinadores occidentales. Todo seguirá como siempre.

Complicidad en la ocupación

Pero hay una última razón por la que algunos gobiernos occidentales están alzando ahora la voz en apoyo de la creación de un Estado palestino. Para salvar su propio pellejo .

A diferencia de Washington, que trata con abierto desprecio el derecho internacional y los tribunales internacionales encargados de hacerlo cumplir, muchos aliados de Estados Unidos temen por su vulnerabilidad.

A diferencia de Estados Unidos, han ratificado la Convención contra el Genocidio y están sujetos a la jurisdicción de la Corte Penal Internacional de La Haya, que puede juzgar a sus funcionarios por complicidad en crímenes de guerra.

Este mes no sólo se ha caracterizado por el reconocimiento de Palestina por parte de Gran Bretaña, Francia, Canadá, Australia, Bélgica, Portugal y un puñado de pequeños Estados.

Mucho menos destacado ha sido el hecho de que el 18 de septiembre era la fecha límite fijada por la Asamblea General de las Naciones Unidas para que Israel acatara una sentencia dictada el año pasado por la Corte Internacional de Justicia en la que se le exigía que retirara su «presencia ilegal» de los territorios ocupados.

No se trata sólo de que Israel esté desacatando esta resolución, el intento de la comunidad internacional de aplicar la sentencia del Tribunal Internacional. Durante el último año, Israel ha ido exactamente en la dirección opuesta: ha intensificado su destrucción y limpieza étnica de Gaza, y se dispone a anexionarse Cisjordania.

Al margen de la cuestión del genocidio, la resolución de la ONU también exige a los Estados que pongan fin a las transferencias de armas a Israel y apliquen sanciones hasta que este ponga fin a la ocupación.

Es de suponer que Gran Bretaña y los demás esperan poder manipular las cifras para argumentar que no entendieron que se estaba produciendo un genocidio en Gaza hasta que ya haya terminado, es decir, dentro de uno o dos años, cuando la Corte Internacional de Justicia dicte su fallo.

Pero no pueden esgrimir el mismo argumento —«no lo sabíamos»— sobre la sentencia de la CIJ sobre la ilegalidad de la ocupación.

No hace falta señalar que el fin de la ocupación de los territorios palestinos es la otra cara de la moneda del establecimiento de un Estado palestino. Ambas cosas van de la mano.

Gran Bretaña y otros países necesitan una coartada —por débil que sea— para argumentar que respetan la sentencia de la CIJ y que no son cómplices de la ocupación, aunque sus acciones demuestren precisamente lo contrario.

No sólo están contribuyendo a sostener el genocidio en Gaza. Sus lazos comerciales, la venta de armas, el intercambio de información y las maniobras diplomáticas también son esenciales para el mantenimiento de la ocupación ilegal de Israel.

Condición de paria

Si hay una pequeña esperanza que se pueda derivar del reconocimiento a regañadientes de la condición de Estado palestino por parte de estos países occidentales, es la de las consecuencias no deseadas.

El reconocimiento puede obligar a sus líderes a realizar piruetas lingüísticas y jurídicas tan extremas que se desacrediten aún más ante sus ciudadanos y aumente inexorablemente la presión para que se produzcan cambios más significativos.

En cualquier caso, parece garantizado que Israel se convertirá en un paria cada vez mayor.

Pero nadie debería creer en las palabras de Starmer, Macron, Carney y los demás. Si el establecimiento de un Estado palestino «viable» fuera realmente su objetivo, estos líderes ya habrían impuesto sanciones y aislamiento diplomático a Israel.

Estarían rechazando las visitas de autoridades israelíes, en lugar de darles la bienvenida. Estarían prometiendo cumplir la orden de detención de la Corte Penal Internacional contra Netanyahu, en lugar de permitirle, como hizo Francia en julio, utilizar su espacio aéreo para viajar a EE. UU.

No harían la vista gorda ante los repetidos ataques de Israel contra las flotillas de ayuda a Gaza en alta mar. Más bien, al igual que España e Italia, como mínimo intentarían proteger a sus propios ciudadanos. Mejor aún, a estas alturas ya habrían creado sus propias armadas navales para llevar alimentos a la población hambrienta de Gaza.

Estarían estableciendo paralelismos con Rusia e imponiendo un embargo comercial a Israel, poniendo fin a sus privilegios económicos, para hacerse eco de las más de una docena de rondas de medidas de la UE contra Moscú por su guerra en Ucrania.

En cambio, siguen ayudando a Israel mientras este derriba los últimos edificios de Gaza, mata de hambre a la población y lleva a cabo una limpieza étnica.

No crean ni una palabra de lo que dicen Starmer y los demás. Hay tantas posibilidades de que el reconocimiento palestino modere su complicidad en los crímenes de Israel como las que tuvo el proceso de «paz» de Oslo, celebrado por sus predecesores, hace una generación.

De hecho, las pruebas sugieren que, al igual que ocurrió con Oslo, Israel utilizará esta última «concesión» de Occidente a los palestinos como pretexto para ampliar e intensificar sus atrocidades, con la bendición de Washington.

Según se ha informado, Israel ha cerrado ya el principal paso fronterizo entre Jordania y Cisjordania para estrangular aún más la escasa ayuda que llega a Gaza y aumentar el aislamiento de Cisjordania.

Starmer, Macron y los demás son criminales de guerra que, en un mundo ordenado como es debido, en el que el derecho internacional tuviera influencia, ya estarían en el banquillo de los acusados. Sus maniobras actuales no deben permitirles salir impunes.

Jonathan Cook es autor de tres libros sobre el conflicto palestino-israelí. Ha ganado el Premio Especial de Periodismo Martha Gellhorn. Vivió en Nazaret durante veinte años, de donde regresó en 2021 al Reino Unido.

<https://vocesdelmundo.es/2025/09/27/el-reconocimiento-de-palestina-es-una-repeticion-del-fraude-de-la-paz-de-oslo-por-parte-de-occidente/>



Ibrahim Traoré y la resurrección del panafricanismo

Andrés Ruggeri

28/09/2025

Tektónikos

El líder africano lidera un movimiento sincronizado con un orden multipolar.

La presencia de un joven militar africano en el palco de la Plaza Roja de Moscú el pasado 9 de mayo, en la conmemoración de los 80 años de la victoria en la guerra contra la Alemania nazi, no pasó desapercibida a los observadores de los movimientos de la geopolítica mundial. Ibrahim Traoré, líder de 38 años de la junta militar que el 30 de septiembre de 2022 llegó al poder con un discurso anticolonialista en Burkina Faso, uno de los más pobres países del África subsahariana, compartió estrado con veteranos y poderosos líderes como Xi Jinping, Lula y el propio Vladimir Putin. El presidente ruso le dio un espacio relevante en la celebración que, además de una impactante demostración del poderío de las fuerzas armadas rusas, fue una explicitación de la cada vez más convocante alianza geopolítica que encabezan China y Rusia. Traoré sobresalió por su prestancia, vestido de fajina y tocado con la boina roja de su referente histórico, el revolucionario burkinés Thomas Sankara, asesinado en 1987. Y, para los latinoamericanos, también la boina de Hugo Chávez, con el que tiene no pocos puntos de contacto.

Traoré también venía de un acontecimiento histórico días antes, cuando el 30 de abril se convocó en su respaldo una manifestación continental africana. La izquierda y los movimientos sociales de todo el continente, desde el Magreb a Sudáfrica, se movilizaron en apoyo al líder burkinés, que había denunciado múltiples intentos de golpe de Estado y conspiraciones en su contra y, junto a sus aliados de gobiernos similares en Níger y Mali (la flamante Alianza de los Estados del Sahel, la AES), expulsó a las tropas francesas y las bases norteamericanas en sus territorios. La marcha se convocó en las principales capitales y ciudades africanas con la explícita reivindicación del panafricanismo, la corriente política e ideológica de la unidad de los pueblos de África contra el colonia-

lismo que parecía abandonada desde los años 90. Traoré se convirtió, así, en el símbolo de toda una resurrección de la que fue la corriente más representativa de la lucha por la liberación de los pueblos colonizados del África.



Ibrahim Traoré y sus aliados de la AES también encarnan una lucha muy concreta contra los lazos neocoloniales que someten al Sahel desde la independencia de estos países del imperio francés en los primeros años 60, a través de una política que incluye nacionalizaciones, medidas para mejorar la vida de los sectores populares o la expulsión de tropas extranjeras. Todo junto con la reivindicación del legendario Thomas Sankara, el revolucionario marxista que intentó un proceso revolucionario truncado por la traición de su lugarteniente y mejor amigo, Blaise Compaoré, a fines de los 80. Aunque no tan clara y explícitamente marxista como Sankara, Traoré rescata abiertamente su figura, no solo en la boina, sino con sus medidas y, también, con gestos simbólicos como cambiar el nombre de la principal avenida de la

capital, Uagadugú, de Charles De Gaulle a Thomas Sankara.

Todos estos factores posicionan a Traoré como la figura excluyente de este resurgir político de los pueblos del Sahel.

La Alianza de los Estados del Sahel

La región del Sahel es la franja semiárida que marca la transición entre el desierto del Sahara y las zonas tropicales del golfo de Guinea y el centro del continente. Los países de esa zona se cuentan entre los más pobres de África y los más desfavorecidos por la naturaleza, especialmente por el avance de la desertificación en las últimas décadas. Conquistada a fines del siglo XIX, la retirada del imperio francés en los primeros años sesenta, si bien se dio sin guerras o insurrecciones sangrientas, dejó un legado de instrumentos de sujeción neocolonial que, incluso, se fueron reforzando en los últimos años a partir de una fuerte presencia de tropas de la OTAN, en su mayoría de la antigua metrópoli, pero también de los Estados Unidos.

El pretexto para esta invasión solapada fue el surgimiento en 2011 (no por casualidad a partir de la caída de Muammar Ghadafi en Libia), de una fuerte insurgencia islamista, que puso en jaque a los régimes prooccidentales de la región. El salvajismo que caracteriza a estas ramificaciones de grupos como el Estado Islámico o distintas variantes de Al Qaeda desafió el control de los débiles aparatos estatales en grandes zonas, especialmente las más apartadas, y significó un problema para las corporaciones extractivas de oro y minerales estratégicos que abundan en la región, y que casi sin dejar nada son exportadas directamente a Francia y otros centros de poder global. Mucho mayor fue el daño provocado a las poblaciones atacadas por esta insurgencia que, en general, usan la franquicia del ISIS pero tienen orígenes locales y con lazos generalmente poco transparentes con los poderes regionales. El golpe de Estado que llevó al poder a Ibrahim Traoré se enmarca en el fracaso para el control de estos grupos yihadistas que en 2020 ya dominaban 40% de la superficie del país, no solo por el ejército burkinés, sino también por las tropas francesas.

Sin embargo, Traoré no se atuvo a la agenda de

la seguridad y la “lucha contra el terrorismo” como programa único y, mucho menos, bajo el mando operacional de los franceses. Rápidamente, el joven militar que encabezó el golpe asumió una identidad muy diferente, en defensa de las mayorías populares burkinés y, en especial, de aquellas abandonadas regiones más afectadas por la insurgencia islamista, como Mouhoun, de la que él mismo proviene, y una idea de la tarea del gobierno atravesada por un claro eje antiimperialista y panafricanista. Fue una ruptura muy fuerte con los últimos treinta años de la historia política de Burkina Faso, regida por gobiernos corruptos y sujetos al dominio neocolonial desde el golpe de estado que acabó con la experiencia revolucionaria de Sankara en 1987. Y, justamente, Traoré tomó la reivindicación de esa experiencia como parte de su identidad política.

En los países vecinos, Mali y Níger, otros gobiernos militares con características similares al de Burkina Faso, encabezados respectivamente por Assimi Goita y Abdourahamane Tchiani, encararon políticas similares, empezando por la ruptura conjunta con los lazos más evidentes de dominación neocolonial, la expulsión de las bases militares y tropas francesas y norteamericanas y la nacionalización de los recursos naturales que eran exportados sin control a París. La toma de posturas de los tres gobiernos los enfrentó rápidamente a los otros países de la región que continuaron fieles a las potencias occidentales y su agenda económica y geopolítica. La Comunidad Económica de Estados de África Occidental (CEDEAO, también conocida como ECOWAS por sus siglas en inglés), la asociación surgida en 1975 para, en teoría, consolidar los lazos de unidad regional y su progreso económico, amenazó hasta con una intervención militar frente al golpe en Níger (el tercero temporalmente), algo que se suponía no formaba parte de sus atribuciones. Los tres países encabezados por gobiernos militares nacionalistas y con gran apoyo popular fueron expulsados de la CEDEAO, lo que impulsó la formación inmediata de la Alianza de Estados del Sahel (AES). La amenaza de invasión fue un intento disuasorio que fracasó ante la firmeza de los nuevos gobiernos, que respondieron con la AES y un tratado de alianza militar y de defensa mutua ante la amenaza de los países que permanecieron en la CEDEAO, un enorme desafío al status quo de la región.

Las implicancias geopolíticas de la formación de la AES son evidentes. Los tres gobiernos tomaron medidas que los llevan a la ruptura de los lazos neocoloniales con Occidente, lo que tiene inmediatas consecuencias, encarnadas por la reacción de los países de la zona más alineados con la Unión Europea y los Estados Unidos. Pero también significaron la apertura a inversiones chinas y, notoriamente, a la presencia rusa en el campo económico y militar, en una región que nunca estuvo bajo el paraguas de la Unión Soviética. La política de la Federación Rusa de generar lazos económicos y políticos fuertes con los países africanos excede el plano militar, como lo demuestra la organización de las Cumbres Rusia-Africa iniciadas en 2019. En la celebrada en 2023, los líderes del Sahel afianzaron vínculos económicos, pero también, formaron tratados de colaboración militar formales con los rusos, que trascienden las siempre ambiguas relaciones con grupos como Wagner, que después de su extraño amotinamiento en Rusia en medio de la guerra de Ucrania y la muerte de su líder Prigozhin, fue retirado de la región. La invitación y el lugar que le dio Putin a Traoré en el desfile de la Victoria es otra muestra de ese alineamiento que, sin embargo, no es total, sino que se enmarca en una diversificación de apoyos que incluye inversiones de otros países europeos y un delicado equilibrio en la siempre inestable política africana.

Por otra parte, romper los complejos e intrincados mecanismos que atan a los países del Sahel con las viejas metrópolis coloniales no es tan sencillo. Los tres países siguen dependiendo casi totalmente de la exportación de recursos minerales. El oro, por ejemplo, dejó de ir a Francia para ir a Suiza y a los Emiratos Árabes Unidos. El uranio sigue siendo exportado para la provisión de las centrales nucleares francesas. Y lo más delicado, no es tan fácil para estas naciones salir de la trampa de la moneda única controlada por Francia, el franco CFA, cuyo valor y reservas están determinadas por el Banco Central francés. La intención de formar una nueva moneda de la AES está en los planes, pero por el momento no ha sido puesta en marcha. La AES necesita aún más fuerza económica para poder avanzar en esta dirección.

Por último, romper la inercia de varias décadas de dominio neocolonial (que siguió a la colonización

directa) no se da sin tensiones ni oposición. Las facciones militares opuestas al nuevo rumbo han intentado, hasta ahora sin éxito, derrocar a los gobiernos o, incluso, asesinar a sus dirigentes. La denuncia de uno de esos complotos motivó el llamado a la movilización continental el 30 de abril. La insurgencia yihadista sigue golpeando con fuerza, a pesar de algunos éxitos iniciales, provocando muerte, destrucción y desplazamientos de población. La coincidencia de sus golpes con los intereses de las potencias occidentales no parece una casualidad.

La resurrección de Thomas Sankara

Un viraje geopolítico de tal magnitud no puede darse sin una fuerte base de apoyo popular. Las movilizaciones y la organización de los pueblos del Sahel es el principal sostén de la AES, y especialmente del liderazgo de Traoré. Esta movilización no se basa solo en el hartazgo por la intromisión permanente de Francia, los abusos de los militares occidentales o el terror de los islamistas radicales, sino en un cambio radical de la política estatal. El rescate de la figura de Sankara no es, tampoco, una casualidad.



Thomas Sankara gobernó Burkina Faso entre 1983 y 1987, cuando fue traicionado y asesinado por su compañero de armas Blaise Compaoré, que mantuvo el poder hasta el año 2014. Una sucesión de golpes y gobiernos fraudulentos siguió a la caída de Compaoré, quien revirtió la mayor parte de las políticas de Sankara, hasta septiembre de 2022 cuando una última asonada llevó al poder a Ibrahim Traoré. Es recién ahí que se volvió a reivindicar públicamente a aquel capitán del ejército que se definía como marxista y panafricanista. Sankara fue quien cambió el nombre del país desde el colonial Alto Volta (que

refiere al río que atraviesa su territorio) a Burkina Faso, que en lengua mooré significa “la Patria de la gente recta”.

Las medidas implementadas por Sankara fueron radicales y espectaculares: llevó la alfabetización, en tres años, de 13 a 73% de la población; alcanzó en ese mismo período la capacidad de autosuficiencia alimentaria en un país acostumbrado a las hambrunas, a través de una reforma agraria que redistribuyó las tierras al campesinado; prohibió la mutilación genital femenina y dio plenos derechos ciudadanos a las mujeres, incluyendo el nombramiento de varias de ellas en cargos ministeriales; instrumentó intensas campañas de vacunación con ayuda de médicos cubanos; edificó enorme cantidad de escuelas, centros de salud y viviendas; recortó el gasto suntuario de los altos funcionarios (el más recordado fue el uso obligatorio del pequeño Renault 5 como auto oficial), e impulsó las relaciones con los países socialistas de la época. Nada de esto le fue gratis a Sankara, le costó la vida en uno de los episodios más infames de la corta historia del país.

Traoré no se pronunció como marxista, pero sí como antiimperialista y panafricanista, y rehabilitó la memoria de Sankara. Acompañó este cambio de postura oficial con una serie de medidas que siguen la dirección del revolucionario burkinés de los años ochenta. El objetivo de la política de Traoré es avanzar hacia una mayor autonomía de los poderes extranjeros, tanto en términos de soberanía política, expulsando a los militares franceses y estadounidenses y rompiendo las alianzas dictadas por el neocolonialismo, como en la económica, ampliando la base de sustentación productiva y el control de las riquezas minerales. En el primer caso, la retirada obligada de las tropas francesas dio lugar no solo a la autonomía operativa de las fuerzas armadas burkinés sino a la colaboración con sus vecinos de la AES, Mali y Níger, junto con la creación de milicias de voluntarios para combatir con mayor eficacia a la insurgencia islamista. En el segundo, con una serie de medidas como la nacionalización de las reservas de oro (calculadas en 80 millones de dólares), la creación de una empresa estatal para su extracción y tratamiento y un esfuerzo sostenido por mejorar la productividad agrícola (retomando medidas de Sankara) llevando a un crecimiento del PBI en torno a un 4 a 6% anual. El gobierno de

Traoré también aumentó los salarios de los empleados públicos, creó una fábrica estatal de productos lácteos e impulsó el desarrollo científico-tecnológico propio. El apoyo social a este resurgir nacional sostiene a Traoré en el poder a pesar de las amenazas y adversidades.

El resurgir del panafricanismo

Todas estas medidas y avances han impactado fuertemente en la maltrecha izquierda africana, que lo tomó como una nueva e inesperada referencia que rescató del olvido no solo a Sankara sino a la idea madre del movimiento de liberación africano, el panafricanismo. De hecho, fue esa la motivación principal de la movilización continental del 30 de abril, llamada bajo la consigna “¡Fuera las manos de la AES!”, y que se expandió por numerosos países del África, desde Ghana a Sudáfrica, y también en ciudades occidentales como Nueva York o París.

El detonante fue la denuncia por parte del gobierno burkinés del desmantelamiento de una conspiración golpista organizada desde Costa de Marfil el 21 de abril. Poco tiempo antes, el general Michael Langley, jefe del equivalente africano del Comando Sur de las fuerzas armadas de los Estados Unidos, el AFRICOM, había visitado ese país también miembro de la CEDEAO y denunciado como corrupción la nacionalización del oro hecha por el gobierno revolucionario burkinés. Un detalle no menor es la presencia en Costa de Marfil, como asilado, del depuesto Compaoré, que había traicionado a Sankara y establecido una dictadura represiva y prooccidental durante casi tres décadas. Compaoré fue condenado a cadena perpetua en ausencia, en abril de 2022, por el magnicidio de su antiguo amigo y jefe.

La figura de Traoré, junto con sus aliados de Mali y Níger, se está convirtiendo en una referencia ineludible para el resurgimiento del movimiento panafricanista, que plantea la unidad de los pueblos africanos contra el colonialismo y el neocolonialismo. Los actuales líderes del Sahel se ven así en la senda de los antiguos dirigentes de la lucha por la independencia africana, como Patrice Lumumba, del Congo ex belga; Kwame Nkrumah, de Ghana; Sékou Touré, de Guinea Conakry; Amílcar Cabral, de Guinea Bissau, o el mismo Sankara.

Asociado al llamado “espíritu de Bandung”, la gran reunión de países del Tercer Mundo en esa localidad de Indonesia en 1955, el movimiento panafricano tiene raíces en los primeros teóricos que, provenientes del marxismo, plantearon la lucha popular contra las potencias coloniales de la época como una causa continental y no de las naciones surgidas de las divisiones administrativas de los imperios. W. E. Du Bois y George Padmore fueron sus primeros teóricos y convocantes en la primera mitad del siglo XX, antes que se consumaran las independencias africanas. Padmore, especialmente, desde una temprana militancia marxista le dio al panafricanismo una impronta de clase que, luego de su ruptura con la Tercera Internacional, resignificó en clave de combinar la explotación de clase con el racismo y la situación colonial. Esta idea de una propuesta de lucha continental africana encontró eco en la primera generación de líderes de la independencia, en especial Nkrumah, del que Padmore fue asesor, ya en los inicios de Ghana como país independiente, junto con otros dirigentes de esa etapa temprana de las nuevas naciones africanas en que se extendió la idea de un “socialismo africano”, basado en un camino propio a partir de las tradiciones comunales de sus pueblos.

Un segundo momento impregnado por la lucha armada contra el imperio portugués y el apartheid

sudafricano radicalizó los esfuerzos panafricanos hacia el marxismo, debido a la yuxtaposición de la lucha anticolonial con la confrontación Este-Oeste de la Guerra Fría, especialmente en el Sur de África (Angola, Mozambique, Sudáfrica, entre otros países). La participación internacionalista cubana (principalmente en sostén del MPLA angoleño contra las fuerzas del apartheid sudafricano) también influyó en la perspectiva marxista del movimiento anticolonial. Aunque aislado con respecto a estos escenarios, la experiencia de Sankara también puede inscribirse en esta segunda ola del movimiento panafricano. La caída de la URSS y el ascenso mundial del neoliberalismo generó la defeción rápida de varios de los movimientos de liberación que habían luchado tan arduamente, tanto de los ideales socialistas como del panafricanismo, cuya influencia ideológica sobre los gobiernos africanos de la posguerra fría pasó a ser testimonial o nula en la mayor parte de los casos. Ibrahim Traoré y la Alianza de Estados del Sahel vienen a recuperar la memoria de esos viejos movimientos y darle fuerza para su resurgimiento. Por lo menos, eso es lo que ven numerosos movimientos sociales, sindicales, campesinos y grupos políticos de la izquierda africana, que lo consideran un “faro” del panafricanismo y el antiimperialismo, mientras la AES y sus jóvenes gobernantes navegan las aguas movidas de un mundo en que las viejas hegemonías imperiales emplezan a romperse.



Qué busca EEUU en su despliegue militar en torno a Venezuela

El despliegue militar de EEUU y los discursos beligerantes intentan camuflar un hecho incómodo para ambos gobiernos: la petrolera estadounidense Chevron ha renovado su licencia para operar en Venezuela para extraer más de 200.000 barriles de crudo.

Ociel Alí López
21/09/2025
El Salto

Al menos tres barcos destructores armados con misiles Tomahawk, un submarino con propulsión nuclear, buques anfibios de transporte y asalto diseñados para el desembarco, un sistema de dispositivos de guerra electrónica y de defensas antiaéreas, junto con más de 4.000 marines componen la flota que Washington tiene desplegada en el sur del mar Caribe. Se suman diez aviones cazas F-35, lo más moderno de la aviación militar estadounidense, dispuestos en una base ubicada en Puerto Rico, isla que limita marítimamente con Venezuela.

En agosto, Washington elevó a 50 millones de dólares la recompensa por la captura del presidente venezolano, Nicolás Maduro, y algunos de sus funcionarios más allegados, a quienes acusa, sin pruebas conocidas, de formar parte de la organización narcotraficante El Cartel de los Soles, incluida en la lista de EEUU de organizaciones terroristas.

La cuestión no se ha quedado en amenazas. En las últimas dos semanas, Caracas ha denunciado la violación de su territorio aéreo y marítimo en al menos cuatro ocasiones. Un barco atunero fue interceptado y abordado el pasado 13 de septiembre dentro de los límites del país caribeño, por marines provenientes de un destructor. Además, según se encargó de informar el propio presidente de EEUU, Donald Trump, en menos de un mes tres pequeñas embarcaciones venezolanas, que presuntamente trasladaban drogas, han sido bombardeadas sin ningún protocolo legal y se cuentan, al menos, 12 víctimas.

¿Será que en esta ocasión Estados Unidos definitivamente lanzará un ataque a Venezuela para derrocar al Gobierno de Maduro? ¿Cuáles son sus opciones para lograr este cometido? ¿Estamos, de verdad, próximos a una guerra en el Caribe?

Las opciones de Trump contra Maduro

La primera opción planteada es la que ronda el

imaginario de invasiones estadounidenses —Panamá, Iraq, Afganistán— en las que los marines toman los centros neurálgicos del país y derrocan al gobierno, que es sustituido por uno pro-occidental. Este no parece ser el escenario que se impone en la actualidad.

El número de marines dispuestos hasta el momento no son ni remotamente suficientes para una incursión militar terrestre. Para la invasión de Panamá en 1989, un país mucho más pequeño y sin una fuerza armada robusta como la venezolana, se utilizaron cerca de 30.000 efectivos. No hay que olvidar que Venezuela lleva ya dos décadas preparándose, con aliados como Rusia, para un escenario de “guerra de guerrillas”.

Algunos analistas cifran en 200.000 los marines necesarios para una operación de este tipo. Sobre todo si contamos con que los países fronterizos, como Brasil y Colombia, no prestarían su territorio para eventos de este tipo, por lo que los estadounidenses tendrían que ensayar desembarcos masivos que, por lo general, son muy costosos en vidas humanas.

No parece ser el momento de activar un escenario de esa magnitud ya que podría implicar una guerra prolongada que se podría enquistar tratando de mantener la estabilidad de un nuevo gobierno, lo que implicaría un elevado número de bajas y de gasto militar. No parece muy lógico que Washington tenga previsto invertir tanto. Trump tiene otras opciones.

El escenario quirúrgico

Un escenario más probable es el quirúrgico, más parecido a las operaciones de Israel en Irán, en el Líbano o en Qatar contra las cúpulas de Hamás y Hezbollah. Este tipo de operaciones puntuales también han sido utilizadas por Estados Unidos contra las instalaciones nucleares de Irán. Son acciones teledirigidas que no requieren ingentes tropas militares. Aunque este escenario podría ser mucho más factible que el anterior, también tiene puntos débiles.

Si lo que intenta Washington es derrocar al Gobierno de Maduro, entonces haría falta una oposición o un movimiento contundente que se atreva a conformar un nuevo ejecutivo que lo sustituya. El problema es que en la situación actual la oposición, dividida y diezmada, no tiene la fuerza política, ni mucho menos militar, para establecer un Gobierno fáctico.

Es cierto que en las últimas presidenciales de 2024, la forma en la que el Gobierno se proclamó vencedor generó sospechas razonables. El dudoso resultado generó fuertes movilizaciones en los sectores populares, hasta ahora la zona de confort del chavismo, algo que nos puede dar nociones del alto grado de descontento existente entre la población. Pero igual de cierto es que los seguidores del Gobierno se han venido fortaleciendo territorialmente, acrecentando las reservas militares y organizándose en previsión de estos escenarios de intervención.

Por todo esto, resulta improbable que ataques militares quirúrgicos permitan un cambio de gobierno, así como el desarrollo pacífico y estable de un nuevo status quo. En todo caso, acciones de este tipo podrían traer más bien un panorama de caos radical que no necesariamente le interesaría fomentar a Washington.

Habría que recordar que la última medida propiamente financiera de Trump con respecto a Venezuela, a finales de julio, no fueron nuevas sanciones sino la renovación de la licencia de la petrolera Chevron para que siga comercializando petróleo venezolano. De hecho, numerosos buques fletados por la empresa estadounidense están exportando crudo y, por primera vez en casi una década, Venezuela roza los niveles de producción del millón de barriles diarios de petróleo, según cifras de la OPEP.

Así que es poco probable que a Estados Unidos le interese, si quiere seguir beneficiándose del crudo venezolano, un panorama caótico.

Entonces, si estos dos escenarios —el de la invasión y el de los ataques puntuales— salen “caros” para la política estadounidense, ¿para qué movilizar una costosa flota marítima y aérea hacia el Caribe?

Trump sobre Venezuela: ¿geoestrategia o política nacional?

Es muy probable que este despliegue militar en el Caribe obedezca más bien a asuntos nacionales de Estados Unidos. Resulta factible que Trump esté utilizando los operativos militares para disi-

mular el apoyo al Gobierno de Maduro que supone la renovación de la licencia a Chevron y poder mantener, en paralelo, la adhesión de los sectores republicanos más radicales, especialmente los de Florida, de donde proviene su secretario de Estado, Marco Rubio.

Este sector, decisivo electoralmente, pide mano dura contra Maduro, y representa una base de apoyo importante para el Partido Republicano, pero se siente traicionado con la actividad que ha llevado a cabo Richard Grenell, representante de la Casa Blanca para asuntos sobre Venezuela, quien ha logrado diversos puntos de negociación con Caracas como el intercambio de prisioneros y la reactivación de la actividad petrolera.

Podría suceder que, una vez realizadas acciones más simbólicas y propagandísticas que efectivas, Trump considere que ya ha cumplido su objetivo de parar el flujo de narcotráfico y decida retirar, al menos parcialmente, la flota. O reduzca el “teatro de operaciones” que mantiene abierto en el Caribe.

Desde otra perspectiva, el actual despliegue podría obedecer a la necesidad de retomar posiciones relegadas. Esta sería una mirada geopolítica que responda más bien a una estrategia global, de largo aliento, que busque reposicionarse en el mar Caribe y parte del Atlántico, para vigilar de cerca los movimientos que tiene China y Rusia con sus aliados y socios comerciales de la región —incluida Venezuela, pero también Brasil, Panamá y otros—, así como establecer “cabezas de playa” que permitan retomar el control del continente todo y también asegurar la explotación de petróleo por parte de Guyana en la zona en reclamación que posee con Venezuela (territorio Esequibo), lo que para Caracas resultaría inaceptable.

Esta última opción significaría reactivar efectivamente la “doctrina Monroe” que ha venido desgastándose con el “viraje hacia la izquierda” adoptado por varios países de América Latina. Pero no necesariamente por medio de un coyuntural “golpe a la mesa”, sino proyectando su poderío a futuro.

Así las cosas, este movimiento de tropas de Estados Unidos no tiene aún una lectura unívoca. Tal como le gusta a Trump, puede interpretarse de varias maneras y es posible que ni él mismo sepa el objetivo último a cumplir. Cabe esperar por el desarrollo de los próximos acontecimientos para saber si finalmente Venezuela será vapuleada por la guerra, si intentarán derrocar a Maduro o si un “despliegue táctico” de los marines termina atornillándole aún más en el poder.

Ketanji Brown Jackson, la jueza que denuncia desde dentro los abusos del Supremo para avalar la agenda ultra de Trump

Los votos particulares de la primera mujer negra en pertenecer al más alto tribunal de EEUU quedarán para siempre como argumentarios jurídicos frente a la super mayoría que tiene Trump en el Supremo.

Andrés Gil
12/07/2025
elDiario.es

Es una especie de cronista de Indias. Aque-lllos hombres que en el siglo XV y XVI relataban la conquista de América por parte de los españoles y dejaron para siempre un testimonio de cómo fue el desembarco en el Nuevo Mundo. Algunos, como Bartolomé de las Casas, han pasado a la historia por ser uno de los primeros defensores de los amerindios, los habitantes nativos de unas tierras que terminaron expoliadas y los miembros de unas civilizaciones que resultaron arrasadas.

Ketanji Brown Jackson (Washington DC, 1970) es una especie de cronista de Indias porque con sus votos particulares está dejando para la posteridad la crónica de la conquista del Tribunal Supremo y de esta América por parte de Donald Trump, y sus consecuencias para los habitantes de este Nuevo Mundo que es Estados Unidos en 2025. En el siglo XV y XVI los españoles usaron unas armas distintas a las que está usando Trump, pero igual que había testigos entonces que dejaron valiosos testimonios, la jueza Brown Jackson, la primera mujer negra en ocupar un puesto en el Tribunal Supremo de EEUU, está convirtiéndose en testigo de primera mano de la conquista trumpista; si Bartolomé de las Casas escribió en su día una *Historia general de las Indias* (1552), con los escritos de la jueza Brown Jackson se podrá narrar la historia general del trumpismo.

En un acto este jueves en el colegio de abogados en Indiana, la jueza reconoció que uno de sus objetivos es llamar la atención sobre lo que está sucediendo en EEUU, y cuando

un juez federal le preguntó qué le quitaba el sueño, la jueza Jackson hizo una pausa y luego dijo: "Diría que el estado de nuestra democracia". Y añadió: "Estoy de verdad muy interesada en que la gente se concentre, invierta tiempo y preste atención a lo que está sucediendo en nuestro país y en nuestro gobierno".

Ketanji Brown Jackson, progresista, es jueza del Supremo desde abril de 2022, cuando fue nombrada por Joe Biden. Y en su discurso de toma de posesión explicaba de dónde venía su nombre, rasgo distintivo fundamental de la jueza: "Cuando nací aquí en Washington, mis padres eran maestros de escuela pública y, para expresar orgullo por su herencia y esperanza en el futuro, me pusieron un nombre africano: 'Ketanji Onyika', que, según les dijeron, significa 'hermosa'".

Recurrir a un nombre africano en 1970 en EEUU es una declaración de intenciones, un hilo que se teje para conectarse con unas raíces colectivas.

"Mi esperanza es que las pruebas y los triunfos de mi trayectoria como hija, hermana, esposa, madre, litigante y amiga sirvan de testimonio para las jóvenes, las personas de color y las personas que luchan por todo el mundo, especialmente para quienes albergan ambiciones y creen con firmeza en la posibilidad de alcanzarlas", escribe Ketanji Brown Jackson, en *Hermosa: Memorias*: "Quiero animar a estas soñadoras audaces a no dejarse desanimar por la adversidad, porque la vida siempre presentará desafíos. Debemos



permitir que nos enseñen y fortalezcan, y que nos ayuden a desarrollar confianza en nuestra capacidad para encontrar el camino. Al final, debemos confiar en el camino que elijamos, ancladas en un firme sentido de nuestro potencial, inspiradas por las personas que nos rodean y fortalecidas por nuestra voluntad de perseverar”.

Y eso es lo que está haciendo Ketanji Brown Jackson en su asiento en el Tribunal Supremo de EEUU ante la súper mayoría conservadora (6 a 3): dejar un testimonio indeleble. Según decía The New York Times la jueza Ketanji Brown Jackson ha redactado solo cinco opiniones mayoritarias durante el periodo del Supremo que finalizó a finales de junio, la menor cantidad entre los miembros de la corte. Y de acuerdo con The Washington Post ha escrito más opiniones discrepantes este periodo de sesiones – van desde el primer lunes de octubre hasta finales de junio o principios de julio– que cualquier otro juez. En total, ha redactado 24 opiniones. Jackson también ha superado con creces a sus colegas en el número de palabras que ha pronun-

ciado durante los argumentos orales: ha pronunciado más de 79.000; Sonia Sotomayor, su colega progresista, queda en un segundo lugar, con 53.000.

Esta semana, el Tribunal Supremo allanó el camino para los despidos masivos en la Administración Trump de funcionarios. Y, en su voto particular negativo la jueza Brown Jackson escribía: “Este caso trata sobre si dicha medida constituye una reforma estructural que usurpa las prerrogativas del Congreso en materia de formulación de políticas, y es difícil imaginar una decisión significativa sobre esta cuestión una vez que se hayan producido dichos cambios. Sin embargo, por alguna razón, este Tribunal considera oportuno intervenir ahora y dar rienda suelta a la bola de demolición del presidente. En mi opinión, esta decisión no solo es muy desafortunada, sino también arrogante e insensata. [...] Mantendría intacta la protección de la relación histórica entre el Congreso y el presidente, evitando daños irreparables a los demandantes y al público, mientras que el Poder Judicial realiza la labor crucial de evaluar este

ejercicio de poder”.

Y critica “el entusiasmo demostrado por este Tribunal Supremo al dar luz verde a las acciones legalmente dudosas de este presidente alegando en una situación de emergencia”.

A raíz de este fallo, Marco Rubio ha empezado ya con los despidos masivos en el Departamento de Estado, que pueden afectar a más del 15% del organismo.

En otro caso reciente, el de las deportaciones a Sudán del Sur de migrantes que son de cualquier otro lugar, la jueza Jackson, junto con Sonia Sotomayor, escribieron: “La orden de hoy no solo justifica (una vez más) el desprecio manifiesto del Gobierno por el Poder Judicial, sino que también deja al Tribunal de Distrito sin ninguna orientación sobre cómo proceder. El fallo de hoy solo aclara una cosa: los demás litigantes deben acatar las normas, pero la Administración Trump tiene al Tribunal Supremo a su disposición”.

Ketanji Brown Jackson también denunció en mayo lo que ella calificó como el “elefante en la habitación”, es decir, los “ataques implacables” contra los jueces propagados por la Administración Trump cada vez que un fallo no le conviene, y un ambiente de acoso que, en última instancia, “corre el riesgo de socavar la Constitución y el estado de derecho”.

“En todo el país, los jueces se enfrentan a un aumento de amenazas no solo de violencia física, sino también de represalias profesionales simplemente por hacer su trabajo”, declaró la jueza Jackson en una conferencia para jueces celebrada en Puerto Rico. “Y los ataques no son aleatorios. Parecen diseñados para intimidar a quienes desempeñamos esta importante función”.

En un caso clave fallado el pasado 27 de junio, el Supremo se alineó con Trump para quitarle a los tribunales inferiores competencias para bloquear la agenda ultra del presidente de EEUU. Una decisión sin precedentes que respondió Jackson en su opinión disidente: “Un sistema político regulado por la

ley significa que todos están sujetos a ella, sin excepción. Y para que esto suceda, los tribunales deben tener la facultad de ordenar a todos (incluido el Ejecutivo) que cumplan la ley, y punto. Concluir lo contrario es respaldar la creación de una zona sin ley, donde el Ejecutivo tiene la prerrogativa de aplicar la ley a su antojo, y donde individuos que de otro modo tendrían derecho a la protección de la ley quedan sujetos a sus caprichos”.

A finales de mayo, se produjo otro fallo polémico sobre la revocación de permisos humanitarios de residencia para medio millón de personas, provenientes de países como Cuba, Venezuela, Haití y Nicaragua. “El Tribunal Supremo ha determinado que la balanza de equidad favorece al Gobierno”, escribía Jackson con Sotomayor, “y, parece que es de interés público que las vidas de medio millón de migrantes se desmoronen a nuestro alrededor antes de que los tribunales resuelvan sus reclamaciones legales”.

La decisión del Supremo abría la puerta para que la Administración Trump elimine las protecciones legales temporales para cientos de miles de inmigrantes, lo que eleva a casi un millón el número total de personas que podrían quedar expuestas a la deportación, teniendo en cuenta que hace dos semanas se produjo un fallo parecido que dejó en el aire a 350.000 personas de Venezuela.

Ketanji Brown Jackson lleva meses criticando abiertamente las opiniones de sus colegas conservadores en sus escritos en el Supremo, dejando a un lado el lenguaje leguleyo típico de los fallos judiciales para introducir argumentos apasionados para denunciar el trato de favor del más alto tribunal de EEUU con el presidente de EEUU.

Es la jueza que denuncia desde dentro los abusos del Supremo para avalar la agenda ultra de Trump.

Un cardenal que habla claro. Por fin

El arzobispo de Washington Robert McElroy denuncia claramente la política migratoria de Trump

Rocco Femia

30/09/2025

Religión Digital

Hay quienes ya lo han tildado de «hereje». Pero, si herejía es decir la verdad cuando todos callan, entonces sí: el arzobispo de Washington Robert McElroy es un hereje. Uno de esos herejes que tanta falta hacen.

Ante su pueblo, en la capital estadounidense, McElroy pronunció unas palabras que ningún prelado de alto rango se había atrevido a decir con tanta claridad hasta ahora: las políticas migratorias de Donald Trump son un ataque gubernamental sin precedentes, un proyecto deliberado para destrozar familias, humillar a padres y madres y traumatizar a niños inocentes.

No se trata de «accidentes colaterales», sino de un cruel plan que pretende «autoexpulsar» a quienes no soportan la miseria y el miedo.

No ha habido retórica: ha habido denuncia. Y junto a ella, un llamamiento claro: la Iglesia debe estar al lado de los más desfavorecidos, no de quienes los persiguen. Y los ciudadanos no deben permanecer en silencio, mientras se comete una injusticia en su nombre.

En una América católica dividida, con un episcopado a menudo más preocupado por complacer al poder que por defender el Evangelio, esta voz rompe el muro del silencio. Recuerda que ser cristiano no es una decoración identitaria, sino una responsabilidad: la de defender a los más frágiles, la de gritar contra quienes siembran el terror, la de no aceptar que la ley se utilice como porra.

McElroy no habla como un vasallo ni como un político disfrazado de sacerdote: habla como pastor. Ciertamente, su nombramiento en Washington fue una decisión valiente del papa Francisco, pero hoy esas palabras son una carga que sólo su conciencia y su libertad soporta.

Ya no hay un papa que lo proteja: hay un hombre de Iglesia que da la cara, se arriesga al aislamiento y dice la verdad. Y en tiempos en los que tantos prelados prefieren el silencio o la prudencia, su homilía tiene el sabor de la buena noticia.

Porque demuestra que todavía hay quienes tienen el valor de llamar a las cosas por su nombre. Y que la palabra «hereje» puede volver a significar «libre»: libre de cálculos profesionales, libre del miedo a molestar al poder, libre de defender al hombre por encima de cualquier ideología.

Texto completo de la homilía del cardenal McElroy

(Este es el texto de la homilía pronunciada por el cardenal Robert McElroy, arzobispo de Washington, en la misa del 28 de septiembre de 2025 en la Catedral de San Mateo Apóstol con motivo de la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado.)

Durante los últimos 110 años, se ha celebrado la misa en todo el país para honrar y apoyar a los migrantes y refugiados que han llegado a nuestra nación como parte de esa corriente de hombres y mujeres de todos los países que han convertido a Estados Unidos en una gran nación. Pero este año es diferente a los 110 años que lo precedieron. Este año nos enfrentamos, como nación y como Iglesia, a una agresión sin precedentes contra millones de hombres, mujeres y familias inmigrantes entre nosotros.

Nuestra primera obligación como Iglesia es acoger de forma sostenida, firme, profética y compasiva a los inmigrantes que sufren profundamente debido a la opresión que enfrentan. Nuestra comunidad católica en Washington ha sido testigo de cómo muchas personas de profunda fe, integridad y compasión han sido deportadas en la represión que se ha desatado sobre nuestra nación.



Un profundo ministerio de consuelo, justicia y apoyo debe ser el sello distintivo de nuestra atención espiritual y pastoral en este momento, y agradezco a todos los párrocos, sacerdotes y líderes religiosos de nuestra comunidad que han asumido este ministerio, muchos de los cuales están aquí presentes hoy.

Para la comunidad indocumentada de nuestra Arquidiócesis, su testimonio diario de fe y familia, trabajo duro y sacrificio, compasión y amor es un profundo reflejo de las virtudes más profundas de nuestra fe y las aspiraciones más nobles de nuestra nación. El tema de la procesión de hoy fue la esperanza en medio de la adversidad, y en estos días de profundo sufrimiento, nos dan un ejemplo de esperanza transformadora y resiliencia fundada en el Evangelio de Jesucristo, cuya cruz simboliza en su esencia el sufrimiento en medio de la injusticia y el reconocimiento de que en nuestros momentos de mayor dificultad, nuestro Dios nos acompaña.

Estamos presenciando una ofensiva gubernamental integral diseñada para infundir miedo y terror entre millones de hombres y mujeres que, con su presencia en nuestra nación, han alimentado precisamente los lazos religiosos, culturales, comunitarios y familiares más frágiles y valiosos en este momento de la historia de nuestro país. Esta ofensiva busca hacerles la vida insoportable a los

inmigrantes indocumentados. Está dispuesta a destrozar familias, separando a las madres en duelo de sus hijos y a los padres de los hijos e hijas que son el centro de sus vidas. Acepta como daño colateral el terrible sufrimiento emocional que se impone a los niños que nacieron aquí, pero que ahora enfrentan la terrible decisión de perder a sus padres o abandonar el único país que han conocido.

La doctrina social católica afirma que toda nación tiene derecho a controlar eficazmente sus fronteras y garantizar la seguridad. Por lo tanto, los esfuerzos para asegurar nuestras fronteras y deportar a los inmigrantes indocumentados condenados por delitos graves constituyen objetivos nacionales legítimos. En ocasiones, nuestro gobierno afirma que estos objetivos constituyen la esencia y el alcance de sus medidas de control migratorio, y si así fuera, la doctrina católica no plantearía objeciones.

Pero la realidad que enfrentamos aquí en la Arquidiócesis de Washington y en todo el país es muy diferente. Nuestro gobierno, según admite él mismo y por las tumultuosas medidas coercitivas que ha implementado, está involucrado en una campaña integral para desarraigarnos a millones de familias y hombres y mujeres trabajadores que han llegado a nuestro país en busca de una vida mejor, lo que incluye contribuir a la construcción

de los elementos más importantes de nuestra cultura y sociedad. Esta campaña se basa en el miedo, pues el gobierno sabe que no puede tener éxito en sus esfuerzos si no introduce nuevas dimensiones de miedo y terror en la historia y la vida de nuestro país. Su objetivo es simple y unitario: privar a los inmigrantes indocumentados de cualquier paz real en sus vidas para que, en la miseria, se "autodeporten".

¿Cuál es el fundamento moral del gobierno para emprender una campaña de miedo tan exhaustiva, para desarraigar a diez millones de personas de sus hogares y expulsarlas de nuestro país? El gobierno afirma que la respuesta es simple y contundente: quebrantaron una ley al entrar o al decidir quedarse en Estados Unidos.

Pero el Evangelio de hoy propone una medida muy diferente para determinar si diez millones de hombres, mujeres, niños y familias que han vivido junto a nosotros durante décadas deben enfrentarse al terror y la expulsión: ¿son nuestros vecinos?

La parábola del Buen Samaritano es la más importante que Jesús nos dio para la formación de nuestra vida moral y nuestra comprensión de los lazos de comunidad, sacrificio y abrazo en el mundo. Lo más impactante de la parábola no es que el samaritano se fijara en el hombre robado, ni que estuviera dispuesto a sacrificarse por él, ni siquiera que arriesgara su vida al detenerse en un lugar muy peligroso para atenderlo. No, lo más impactante de la parábola es que el samaritano estuviera dispuesto a rechazar las normas sociales que, por su nacimiento y estatus, no tenía ninguna obligación con la víctima, que era judía. La profunda comprensión y la gloria del samaritano residieron en que rechazó la estrechez y la miopía de la ley para comprender que la víctima que pasaba junto a él era verdaderamente su prójimo y que tanto Dios como la ley moral lo obligaban a tratarlo como tal.

De la misma manera, para nosotros, como creyentes y ciudadanos, nuestra obligación con las mujeres y los hombres indocumentados es preguntarnos: ¿Son realmente nuestros prójimos? ¿Es nuestro prójimo la madre que se sacrifica en cada dimensión de su vida para criar hijos que vivirán con rectitud, productividad y cariño? ¿Es

nuestro prójimo el hombre que está siendo deportado a pesar de tener tres hijos que sirven en la Infantería de Marina por los valores que les enseñó? ¿Es nuestro prójimo la mujer que trabaja cuidando a domicilio a nuestros padres enfermos y ancianos? ¿Es nuestro prójimo el joven adulto que llegó aquí de niño y ama a esta nación como el único país que ha conocido? ¿Es nuestro prójimo la mujer indocumentada que contribuye incansablemente a nuestra parroquia, cuidando la iglesia y dirigiendo el rosario diario?

En el Evangelio de hoy, Jesús exige que la perspectiva central que debemos tener para entender la legitimidad moral de la campaña de miedo y deportación que se libra hoy en nuestro país surja de los lazos de comunidad que han llegado a unirnos como vecinos de los indocumentados, no de la cuestión de si en algún momento del pasado las personas violaron una ley al entrar o permanecer en los Estados Unidos.

Es esta perspectiva la que debe guiar nuestra postura y acción como personas de fe. Como Iglesia, debemos consolar y solidarizarnos pacíficamente con los hombres y mujeres indocumentados cuyas vidas están siendo trastocadas por la campaña de miedo y terror del gobierno. La valentía y el sacrificio deben ser el sello distintivo de nuestras acciones en este momento de sufrimiento histórico y deliberado que se impone a personas que viven vidas verdaderamente buenas y que honran a nuestra sociedad.

Como ciudadanos, no debemos permanecer en silencio mientras esta profunda injusticia se comete en nuestro nombre. El sacerdote y el levita del Evangelio de hoy son un duro recordatorio de que, ante el sufrimiento, a menudo optamos por pasar de largo, a veces por indiferencia, a veces por miedo, a veces por una reticencia general a involucrarnos.

Pero Jesús rechazó esta indiferencia, este miedo, esta reticencia. Sus últimas palabras en el Evangelio solo permiten una opción. ¿Cuál de estos, en tu opinión, fue prójimo de la víctima del ladrón? Al comprender y afrontar la opresión de los hombres y mujeres indocumentados entre nosotros, solo tenemos una respuesta: Lo fui, Señor, porque vi en ellos tu rostro.

Cooperativas energéticas: construir desde lo común, resistir desde lo local

EnVerde es un proyecto ciudadano cooperativo que sirve de nexo de unión entre la energía sostenible y la ciudadanía extremeña.

Raúl Gijón
28/09/2025
El Salto

EnVerde es un proyecto ciudadano que surge de la unión de personas que viven en Extremadura y están unidas por la convicción de que otro modelo energético es posible: un modelo distribuido, horizontal y en manos de las personas. El objetivo es producir y consumir energía cien por cien renovable para recobrar el control sobre este bien básico y ser una alternativa a las grandes eléctricas. Desde 2022 trabajamos en construir una alternativa energética pensada por y para las personas, donde no tenga cabida la especulación. Para ello, nuestra tarea fundamental en la actualidad se centra en ayudar a crear comunidades energéticas por todo el territorio extremeño.

¿Quiénes somos y qué queremos?

Nuestra cooperativa nace de algo muy sencillo pero profundamente transformador: la unión de personas. Personas que vivimos en Extremadura, que caminamos los pueblos, sentimos los paisajes, cuidamos de nuestras casas y compartimos una convicción clara: la energía es un bien básico y debe estar *en manos de la gente*. No en manos de unos pocos que especulan con lo que es de todas y todos, sino gestionada de forma democrática, transparente y comunitaria. Por eso, en estos tres años, nos hemos dedicado a visitar decenas de localidades de Extremadura como Conquista de la Sierra, Trujillo, Aljucén, Montehhermoso, Hoyos, Almendralejo, Novelda, Valverde de Burguillos o Villanueva de la Serena con el fin de crear espacios para el diálogo y el trabajo.

EnVerde no es una empresa, es una comunidad. Una comunidad que genera, consume y

gestiona energía renovable desde lo local, para lo local. Pero que, además, construye vínculos, solidaridad y participación. Porque no se trata solo de cambiar de proveedor eléctrico sino también de modelo. Y eso se hace desde abajo, con mirada larga y paso colectivo. Para ello, en 2023 creamos EnLuces, una germinadora de comunidades energéticas para Extremadura, tanto para el ámbito rural como para el urbano, que ha permitido desarrollar una web. En ella se aloja toda la información y documentación disponible no solo sobre la creación de comunidades sino también para dar formación específica a través de cursos enfocados al desarrollo de competencias y dirigidos a la ciudadanía, en la que ya han participado decenas de personas en nuestra región.

¿Cómo nos organizamos?

El consejo rector es el órgano de gobierno de la cooperativa y se encarga de dirigirla hacia donde la asamblea ha decidido. Por tanto, nos organizamos y participamos a través de asambleas y el consejo rector. Como cada año, a finales de junio se celebra la asamblea general en la que participamos todas las personas socias para definir y acordar las líneas estratégicas de funcionamiento y tomar decisiones.

Dentro de la cooperativa, el equipo técnico (formado por personas voluntarias) ofrece atención a las personas socias y a todas aquellas entidades y grupos ciudadanos que solicitan nuestro asesoramiento y acompañamiento en la creación de comunidades energéticas. La intensa actividad que desarrolla la cooperativa, a través de la participación en distintos foros, charlas y actividades

relacionadas con la promoción de comunidades energéticas, empieza a dar sus frutos con proyectos que ya están produciendo energía y otros que están en camino.

Por otro lado, los grupos de trabajo son los espacios de participación activa de las personas socias de EnVerde, donde pueden aportar sus saberes para avanzar de forma colectiva hacia nuestros objetivos: conseguir energía cien por cien renovable y participar activamente en el cambio hacia un modelo energético sostenible y socialmente justo. Actualmente están en funcionamiento varios grupos de trabajo relacionados con la investigación y el desarrollo de proyectos, el de igualdad, el grupo de comunicación, la dinamización y extensión de redes y el de contabilidad y financiación, que nos ayuda a evaluar los costes de los proyectos y la viabilidad de los mismos.

Queremos un modelo que ponga en valor lo comunitario, que respete los tiempos y los procesos, que escuche las voces históricamente silenciadas. Las mujeres, las personas

mayores, las jóvenes... quienes viven en el mundo rural, tienen mucho que decir y decidir en esta transición energética.

No estamos aquí solo para hablar de energía. Estamos aquí para conversar de justicia, de dignidad, de democracia energética. Estamos aquí para recordar que otra Extremadura es posible: más limpia, más justa, más libre.

¿Qué es una Comunidad de Energía Renovable (CER)?

Una comunidad energética es una nueva herramienta para promover el cambio de modelo energético. Es un proyecto colectivo en el que personas, pymes, asociaciones, entidades locales o ayuntamientos se asocian voluntariamente y con participación cooperativa para generar y gestionar su propia energía.

Se puede constituir adoptando cualquiera de las formas jurídicas previstas por la economía social como una cooperativa de personas consumidoras o asociación. La finalidad pri-



mordial de una comunidad energética es proporcionar beneficios económicos, medioambientales y sociales a las personas socias y al territorio, democratizando la generación y el consumo de energía renovable.

Las personas que forman parte de una comunidad energética pagan menos por instalar las placas (por una fórmula de economía de escala), ahorran en su factura de luz (no solo por la instalación sino porque también reciben formación en el uso eficiente de la energía), actúan y combaten el cambio climático usando energías limpias y contribuyen al desarrollo de la comunidad, ya que su inversión se hace a través de la participación de empresas locales y extremeñas. Y ahí es donde nuestras comunidades energéticas tienen un papel esencial. Son proyectos colectivos, donde personas, asociaciones, pymes y ayuntamientos se unen para generar su propia energía, consumirla de forma responsable y repartir los beneficios económicos, ambientales y sociales.

En un mundo donde la urgencia climática ya no es una alerta lejana, sino una realidad palpable, las comunidades energéticas emergen como una respuesta poderosa, colaborativa y profundamente transformadora. En EnVerde cada proyecto es un proceso vivo, compartido, donde un equipo de personal voluntario pone sus conocimientos al servicio de algo mucho más grande que la técnica: el bien común.

El primer paso es imaginar juntos. Por eso, la cooperativa realiza un estudio detallado de viabilidad y diseña, con rigor y sensibilidad, un proyecto técnico de generación de energía renovable adaptado a las particularidades del lugar y las personas que lo habitan. EnVerde se involucra de lleno en la difusión del proyecto, acercándolo a la ciudadanía, despertando interés y fomentando un proceso participativo real, donde cada voz cuenta y cada decisión se construye en comunidad.

La dimensión legal, a menudo compleja y disuasoria, se vuelve más accesible gracias al acompañamiento jurídico que analiza y propone la forma legal más adecuada para cada

caso. A esto se suma una labor clave: la búsqueda de subvenciones, líneas de financiación y la gestión de los trámites ante las administraciones públicas. También se facilita el contacto con empresas instaladoras extremeñas y se realiza un seguimiento cercano de todo el proceso de instalación. Además, se organizan talleres donde vecinos y vecinas aprenden a gestionar mejor su consumo, a entender su impacto y a tomar decisiones más conscientes en torno al uso de la energía.

Crear una comunidad energética no es solo instalar placas solares. Es sembrar un nuevo modelo de convivencia, de economía y de esperanza. EnVerde no solo lo facilita: lo hace posible. Con técnica, sí; pero, sobre todo, con alma.

En muchas localidades extremeñas la ciudadanía ya participa en proyectos colectivos hacia una transición energética justa, fomentando un cambio energético más equitativo, democrático y local. Existen ejemplos reales de comunidades energéticas en Montánchez, Llerena, Barrado, Piornal, Casas del Castaño, Mérida y también se están iniciando otros proyectos en otras localidades como La Lapa, Cáceres, Almendralejo, Hoyos o Plasencia.

En los próximos meses, iremos explicando en qué consiste una comunidad energética y cómo se pueden desarrollar modelos ciudadanos participativos y democráticos en torno al consumo de energía renovable. Y, sobre todo, estamos aquí para unir voluntades y crear alianzas. Porque necesitamos mirarnos, reconocernos y avanzar juntas. EnVerde es vuestra casa si queréis construir comunidad, si queréis recuperar el control sobre vuestra energía, si queréis formar parte de algo más grande que una factura.

La utopía discreta de Le Champ Commun, un laboratorio social contra la despoblación rural en Bretaña

En Augan, un pequeño pueblo bretón de apenas 1.500 habitantes, la cooperativa Le Champ Commun se ha convertido en un referente en Francia. Este espacio multiusos reúne bistró, tienda de alimentación, bar con sala de espectáculos y albergue: un lugar de vida y comunidad como antídoto al fatalismo de la despoblación rural.

María D. Valderrama

07/09/202

La Marea

Al cruzar la puerta de L'Estaminet, el bistró de la cooperativa bretona Le Champ Commun, nada hace sospechar que se trata de un combativo proyecto político. Así lo define Henry-George Madelaine, cofundador y cogerente de este espacio, creado en 2010. En las cabezas de Madelaine y Mathieu Bostyn, su mejor amigo y segundo ideador, Le Champ Commun ya era en 2009 lo que es hoy: un edificio multiusos abierto a los vecinos, anclado en el territorio y con una oferta cultural inusual, lejos de los grandes focos urbanos.

Han hecho falta más de diez años de paciencia y transformaciones para que el proyecto se concrete. Una prueba de que, en el mundo de las cooperativas y dentro de un sistema económico alternativo al capitalismo, las ideas poderosas necesitan tiempo para materializarse.

Estamos en el interior del departamento de Morbihan, en Bretaña. Augan es un pueblecito típico francés que, en una mañana de finales de agosto, parece algo desangelado. La vida se construye en torno a la iglesia, donde se encuentran el ayuntamiento, la peluquería y una panadería. Dando unos pasos más, el antiguo edificio de correos ha sido reconvertido en una estación de la radio asociativa, Timbre FM, y una casa vieja con la fachada de piedra es ahora el resplandeciente nido de una librería, también asociativa, La Grange aux Livres. De hecho, Augan contaba con cerca de medio centenar de asociaciones (una dinámica local muy favorable) cuando Madelaine y Bostyn decidieron recuperar el bar del pueblo, regentado por una pareja que se iba a jubilar.

«Teníamos ganas de construir algo que respondiera a las preguntas que nos hacíamos de la sociedad como sociólogos, es decir, la constatación de la deriva neoliberal», dice Madelaine, originario de Nord-Pas-de-Calais, otra región francesa afectada por la desindustrialización y el empobrecimiento de las clases populares, que ha dado alas a la extrema derecha. «Pensábamos entonces

que los franceses no son conscientes de la amenaza que representa la desaparición de los servicios públicos y del abandono de los territorios periféricos», comenta.

Los teóricos decidieron entonces salir de los libros y hacer una propuesta concreta, ofrecer una alternativa para la que inicialmente encontraron una decena de socios que a finales de 2009 habían recolectado más de 70.000 euros para dar forma a Le Champ Commun, que traduciremos como 'El campo común' o, menos literal, 'El territorio común'.

Sus animadas asambleas generales, que reúnen cada año a más y más socios, quedaron retratadas en 2012 en un mediometraje documental: «Le Champ Comun: Juntos vamos más lejos». «Nuestra misión principal es conseguir mantener espacios donde las personas puedan reunirse, conversar, debatir... y demostrar que es posible crear una empresa que alcance el equilibrio aun con una actividad de pequeña escala», dice Bostyn en el filme.

De las ideas a la realidad: quince años de paciencia

Lo que empezó como un bar donde se celebraban conciertos y otros espectáculos culturales, ha ido evolucionando en estos quince años hasta contar con una tienda de comestibles y droguería, un bistró, un albergue y una sala de reuniones que acoge principalmente formaciones sobre proyectos de economía social y solidaria. Suena tan ambicioso que, según cuenta Madelaine, costó mucho trabajo que los bancos y los organismos públicos apostaran por ellos.

«Un aspecto al que nos enfrentamos en este tipo de proyectos es que tanto los actores públicos como privados que se atreven a arriesgar por iniciativas como las empresas emergentes en la tecnología sin ninguna certitud de resultados, tie-

nen una incredulidad total ante proyectos como el nuestro. Hay una duda permanente sobre nuestro equilibrio financiero», dice el sociólogo, ya jubilado, que sigue echando horas en la cooperativa. Denuncia que estos territorios son percibidos como zonas sacrificadas donde la despoblación, el cierre de comercios de cercanía como comestibles o correos son ineluctables.

La cooperativa, catalogada desde 2012 como Sociedad Cooperativa de Interés Colectivo —es decir, centrada en beneficios sociales, culturales y medioambientales, más que en el lucro—, cuenta actualmente con 14 empleados y más de 250 socios. En quince años ha demostrado que el destino de los pueblos no tiene por qué ser el olvido: sus ingresos han crecido cada año hasta superar en 2024 el millón de euros, que en un 70 % provienen de la tienda. Los beneficios no se reparten entre los socios, sino que se utilizan para posibles mejoras y nuevas contrataciones.

En el colmado se ofrece todo lo que una familia puede necesitar para el día a día, tantos productos convencionales como alimentos locales y biológicos, predominantes en este comercio que trabaja directamente con los productores, con márgenes muy ajustados que permiten mantener unos precios similares a los que se pueden encontrar en grandes superficies.

Aurélie Cherel, vecina de Augan de 38 años, acude a con su hija de un año en brazos. Venir a este comercio le evita conducir quince minutos para ir a Ploërmel, donde se encuentran los supermercados. «Es muy práctico tener un sitio así. Tienen un pequeño puesto de correo postal, una fotocopiadora y lo esencial para las compras lo tenemos aquí», dice Cherel después de hacer sus mandados.

Detrás del mostrador, Hélène Zimmerman trabaja como tendera desde 2022, cuando vio un anuncio de empleo en el periódico regional. Estudiante de ciencias políticas, Zimmerman decidió también subirse al «ring» de la acción social: «Trabajar aquí es un acto político. Lo que hacemos ayuda a preservar el tejido rural y tiene un impacto directo en la vida de la gente».

La casa común del vecindario

Los vecinos se han convertido en los mejores valedores de Le Champ Commun, encontrando en esta casa común un refugio con una oferta variada y de servicio público. Y eso pese a que las ayudas públicas han sido irrisorias, con la excepción

de varios reconocimientos a nivel regional y europeo cuando el proyecto ya estaba en marcha. Pasadas las doce del mediodía, el bistró empieza a llenarse de trabajadores, vecinos jubilados y algunos grupos de amigos y familias, residentes o de paso.

Marie-Madeleine y Roger Lepeintre, jubilados oriundos de Augan, esperan con el periódico en mano que llegue su comida: feta asado con miel y uvas, espaguetis con salsa ‘amatriciana’ y, de postre, pera caramelizada con helado de vainilla. Un menú completo por 16 euros, un precio muy accesible para la zona, con un punto mediterráneo y exótico, ya que dos de los cocineros son italianos y la tercera nació en La Reunión. La calidad y originalidad atrae a los vecinos. «No hay muchos restaurantes en Augan. Cualquier alternativa nos obliga a ir a la ciudad. No muy lejos de su mesa, tres treintaños llegados desde Rennes y Dinan descubren el lugar, del que les habló una amiga. Una de ellas se plantea montar un proyecto similar en su pueblo. «Esto es el futuro. Da gusto ver que puede funcionar. Creo que cuanto más se desarrollen este tipo de iniciativas, más impacto tendrán en el medioambiente y en la vida de la gente», dice la bretona.

Situado lejos de los puntos más turísticos de Bretaña, el pueblo se encuentra junto a vías verdes que atraen a cicloturistas y apasionados del senderismo que visitan el Bosque de Brocelianda, reino de los caballeros de la Mesa Redonda y del legendario mago Merlín. El boca a boca ha convertido Le Champ Commun en una parada obligatoria para curiosos y amantes de lo rural que, en busca de cierta calma, duermen en su albergue, abierto en 2017. Cuenta con 25 camas, con habitaciones privadas o comunes que atraen principalmente a los participantes de las sesiones de formación.

La particular escuela nació en 2012 para canalizar todas las demandas que saturaban a los fundadores. Muchos querían imitar el modelo e incluso copiarlo, a modo de franquicia. «Nos negamos —dice Madelaine—. No queremos crecer tanto que perdamos el espíritu inicial». La utopía de poner en marcha una oferta alimenticia y cultural alternativa, dando autonomía y herramientas a los vecinos, se ha convertido en una realidad: una revolución tranquila que muestra que la despoblación rural no tiene porqué ser inevitable y que las ideas colectivas pueden transformar el territorio.

Dios en la frontera. Partido Popular y Vox: los "buenos católicos" contra el inmigrante

José Carlos Enríquez

26/09/2025

Religión Digital

El pasado 15 de septiembre, el Congreso de los Diputados vivió una votación que no pasará desapercibida: la proposición de ley de Vox para modificar la Ley de Extranjería y eliminar la figura del arraigo fue rechazada gracias al voto en contra de la mayoría de grupos parlamentarios. Pero el dato más llamativo no fue el resultado final, sino el apoyo cerrado del Partido Popular a las posiciones ultras de Vox. Ambos sumaron 169 votos, frente a los 177 que impidieron que avanzara una propuesta que pretendía criminalizar y condenar a la invisibilidad a miles de personas migrantes.

El arraigo es una herramienta jurídica consolidada en España desde hace casi dos décadas. Gracias a ella, personas que han residido de manera continua en nuestro país y que acreditan vínculos laborales, familiares o de inserción social pueden regularizar su situación, trabajar legalmente, cotizar a la Seguridad Social y aportar al sostenimiento de los servicios públicos. Suprimir esta vía no solo es un golpe contra la dignidad humana, sino también contra la cohesión social, la convivencia y la propia seguridad jurídica.

Sin embargo, Partido Popular y Vox han decidido caminar juntos en la senda del miedo y la exclusión, abrazando un discurso que niega lo que es ya una evidencia: España es una sociedad plural, mestiza y enriquecida por la aportación de las personas migrantes.

Aquí, en Galicia, esa postura duele todavía más. Fuimos pueblo de emigrantes. Durante décadas, miles de gallegos tuvieron que hacer las maletas y cruzar océanos buscando un futuro mejor. Sabemos lo que significa llegar a un país extraño, sin hablar el idioma, sin papeles, sin trabajo y con una familia que alimentar. ¿Cómo es posible que quienes se declaran defensores de las "raíces" de España voten hoy contra quienes pasan por lo mismo que pasaron nuestros abuelos? Ese olvido histórico convierte en cruel paradoja la alianza del

Partido Popular con Vox. Porque la memoria de Galicia debería ser vacuna contra la insolidaridad.

Lo digo también desde la experiencia. Yo mismo he trabajado codo con codo con personas que llegaron sin nada. Recuerdo con nitidez a un hombre mayor, recién llegado, enfermo del corazón, que no sabía ni cómo pedir ayuda. No hablaba nuestro idioma, y lo único que pudo hacer fue pedirme un papel y un bolígrafo para dibujarme una flor y un invernadero. Su mensaje era claro: "quiero trabajar".

Aquel hombre lloraba, y con sus lágrimas mostraba la mezcla de miedo, impotencia y esperanza que viven tantos inmigrantes al llegar a un país nuevo. Hoy, muchos años después, ese hombre está jubilado en España. Sus hijos trabajan, han formado una familia, han comprado una casa, han invertido y han cotizado a la Seguridad Social. Han generado riqueza, empleo, movimiento económico. Su historia es la de miles de inmigrantes que, pese a la dureza del camino, han hecho de nuestra tierra también la suya.

¿Y ahora queremos negarles el derecho a arraigarse, a integrarse, a vivir con dignidad? ¿Olvidamos que esa aportación es imprescindible para sostener nuestro propio futuro?

Lo más llamativo es que incluso la propia Iglesia católica se ha desmarcado de esta deriva. La Conferencia Episcopal ha defendido reiteradamente el valor del arraigo como expresión de integración real. Según recuerdan, la mayoría de trabajadores migrantes lleva más de diez años entre nosotros, contribuyendo al desarrollo común.

Los obispos han sido claros: la migración constituye un desafío, sí, pero también una oportunidad para crecer como sociedad. Han subrayado que las personas migrantes "aportan su trabajo para el



desarrollo de nuestro país; nos enriquecen como personas por su alegría, perseverancia, austeridad; nos refrescan la presencia de Dios despertando en nosotros el ansia de justicia, caridad y paz".

Frente a esta visión humana y cristiana, el Partido Popular se alineó con Vox, despreciando el sufrimiento de miles de familias y abrazando la agenda de la ultraderecha. ¿Dónde queda entonces la coherencia de quienes presumen de ser "los buenos católicos"?

Los datos son claros y desmontan el relato del miedo:

- Las personas migrantes cotizan y sostienen la Seguridad Social, fundamental en un país envejecido como el nuestro.
- Generan consumo, compran viviendas, abren negocios, invierten.
- Contribuyen a la diversidad cultural, enriqueciendo nuestras comunidades.
- Suplen vacíos laborales en sectores donde la población autóctona ya no llega.

Pretender que son una carga es un engaño que alimenta prejuicios y fractura social. En realidad, sin ellos, muchos de nuestros servicios y de nuestra economía se resentirían gravemente. El Partido Popular se equivoca de enemigo. No son las personas migrantes quienes ponen en peligro la convivencia. Es el discurso del odio, de la

exclusión y de la estigmatización el que socava los consensos básicos de nuestra democracia.

El arraigo no es una concesión: es una vía ordenada, legal y segura para integrar a quienes ya forman parte de nuestra sociedad. Negarlo es condenar a miles de personas a la marginalidad, con consecuencias negativas para todos.

Al votar junto a Vox, el Partido Popular se sitúa en una lógica antisistema, erosionando la credibilidad de un marco jurídico que ha demostrado funcionar. Prefieren sembrar miedo en lugar de reconocer la realidad: la migración no es una amenaza, es una oportunidad.

Yo aún recuerdo las lágrimas de aquel hombre que, sin palabras, solo pudo dibujarme una flor y un invernadero para pedir trabajo. Su vida, su esfuerzo, su jubilación digna en España, el futuro de sus hijos, son la mejor respuesta a quienes niegan el arraigo.

Cada lágrima de un inmigrante es un espejo que debería recordarnos nuestra propia historia. Porque también nosotros fuimos emigrantes. Porque también nuestros abuelos lloraron en barcos y estaciones. Porque negar hoy esa realidad es negar nuestra propia memoria.

Y es aquí donde el Partido Popular debería mirarse: no se puede ser buen católico ni buen demócrata votando contra la dignidad humana.

Noticias Breves

El Parlamento Europeo rechaza por un solo voto frenar el etiquetado engañoso de Marruecos sobre el Sáhara Occidental. 26/11/2025. El Parlamento Europeo desaprovechó hoy una oportunidad histórica para frenar la maniobra de la Comisión Europea que pretende blanquear el origen real de los productos procedentes del Sáhara Occidental ocupado. La objeción presentada para impedir la entrada en vigor del nuevo reglamento de etiquetado —que permitiría hacer pasar frutas y hortalizas saharauis como si fueran originarias de “regiones administrativas” marroquíes— no salió adelante por un solo voto. La mayoría del pleno pidió explícitamente a la Comisión que el acuerdo no entre en vigor por su carácter engañoso, pero la votación requería una mayoría absoluta de 361 eurodiputados y se quedó en 360.

Lo sucedido revela hasta qué punto la Comisión está dispuesta a forzar los límites del derecho europeo e ignorar las sentencias del Tribunal de Justicia de la UE, que ya han dejado claro que Marruecos no tiene soberanía sobre el Sáhara Occidental ni puede incluir su territorio en acuerdos comerciales sin el consentimiento del pueblo saharaui. El cambio propuesto en el etiquetado supone, en la práctica, un intento de normalizar la ocupación y de trasladar al mercado europeo los intereses marroquíes, burlando una jurisprudencia inequívoca.

<https://noteolvidesdelsaharaoccidental.org/el-parlamento-europeo-rechaza-por-un-solo-voto-frenar-el-etiquetado-engano-de-marruecos-sobre-el-sahara-occidental/>

“Victoria rotunda” de la huelga de alquileres contra La Caixa: 1.700 pisos serán públicos para siempre. El Salto. 26/11/2025. La Generalitat catalana comprará pisos protegidos, que la Fundación La Caixa pretendía privatizar cuando expire su protección. El govern de la Generalitat ha anunciado este 26 de noviembre la incorporación de 1.100 pisos al parque público. Los pisos pertenecían a la Fundación La Caixa, que pretendía expulsar a los inquilinos que las habitaban cuando expirara la protección oficial para sacarlas al mercado. La Generalitat ya había anunciado previamente la compra de otras 600 viviendas que

estaban en la misma situación.

Desde el 1 de abril, 71 familias de las promociones de Sentmenat, Sitges, Banyoles y Palau Solidà i Plegamans han sostenido una huelga de alquileres. En total han dejado de pagar a La Caixa 257.631 euros. Según el Sindicato de Llogateres (sindicato de inquilinas), se ha conseguido el principal objetivo de esta huelga de alquileres: “que todos los bloques de la Fundación La Caixa pasaran a ser públicos y protegidos para siempre”. La huelga de alquileres ha sido la última etapa de una larga lucha que comenzó en 2020, que incluyó la denuncia de cláusulas abusivas, falta de mantenimiento, precios inflados y cobro indebido. Los bloques, organizados en el Sindicat, llevaron al banco ante los tribunales en dos ocasiones. Las dos demandas siguen abiertas. Una de ellas reclama la devolución de más de 350.000 euros.

“Esta victoria demuestra que la huelga de alquileres funciona y que la organización sindical de las inquilinas es la única garantía para defender el derecho a la vivienda”, dicen desde el Sindicat de Llogateres.

<https://www.elsaltodiarío.com/cataluna/victoria-rotunda-huelga-alquileres-caixa-1-700-pisos-seran-publicos-siempre>

Esuatini (o Suazilandia) confirma haber recibido 5,1 millones de dólares por aceptar deportados de Estados Unidos. 20/11/2025. El ministro de finanzas de Esuatini, Neal Rijkenberg, ha confirmado al Parlamento que el gobierno recibió 5,1 millones de dólares de Estados Unidos como parte de un acuerdo para acoger hasta 160 personas deportadas desde este país. El dinero, según el documento del acuerdo, estaba destinado a mejorar la “capacidad de gestión migratoria y de fronteras” del país. Hasta ahora, 15 personas han sido enviadas desde EE.UU. a Esuatini en dos vuelos, llegando cinco personas en julio y otras diez en octubre. Proceden de países como Vietnam, Cuba, Jamaica, Laos, Yemen, Filipinas y Camboya y, según el Gobierno, se encuentran en el Centro Penitenciario de Máxima Seguridad de Matsapha. El único que ha sido repatriado a su país de origen ha sido un jamaicano que llegó a

Esuatini en julio, el resto de deportados están a la espera de que finalicen las conversaciones que el gobierno asegura se están llevando a cabo para su retorno a sus países de origen. Estas personas son deportadas bajo el argumento de que, según Washington, suponen un alto riesgo para la población.

<https://cidafucm.es/esuatini-confirma-haber-recibido-5-1-millones-por-parte-de-eeuu-por-aceptar-a-sus-deportados/>

Más de 200 ciudadanos de Kenia refuerzan las filas rusas. 20/11/2025. El gobierno de Kenia declaró recientemente que las redes de reclutamiento vinculadas a Rusia han estado actuando de manera activa en el país, utilizando anuncios falsos y ofertas de empleo engañosas para atraer a ciudadanos al campo de guerra ruso-ucraniano. Una parte de los kenianos reclutados estaría formada por exintegrantes de las fuerzas armadas nacionales

Según fuentes de la administración ucraniana, más de 1.400 africanos, de alrededor de 30 países, estarían combatiendo junto a Rusia, muchos de ellos engañados por intermediarios. El presidente de Kenia, William Ruto, pidió directamente al presidente ucraniano, Volodymyr Zelenskyy, la liberación de kenianos capturados en la zona de conflicto. Desde su gobierno se ha realizado un llamamiento a para terminar con las redes de captación.

El ejecutivo de Sudáfrica también está trabajando para poder repatriar a 17 ciudadanos que, atraídos por promesas de altos salarios y otros beneficios, han acabado en el frente de guerra de la región de Dombás.

<https://cidafucm.es/mas-de-200-ciudadanos-de-kenia-refuerzan-las-filas-rusas/>

Victoria del movimiento de desinversiones: Axa cancela sus operaciones con bancos israelíes. El Salto. 21/08/2024. La multinacional de los seguros Axa ha procedido a una retirada rápida de sus inversiones en los bancos israelíes. Ya en el pasado se deshizo de sus acciones en la armamentística Elbit Systems.

Los cinco bancos más grandes de Israel han sido denunciados por las Naciones Unidas y las principales organizaciones de derechos humanos por

financiar asentamientos ilegales en tierras palestinas robadas. suponen "la columna vertebral de la ilegal actividad de asentamientos militares de Israel, que permite su expansión mediante préstamos y financiación vitales", según un informe.

La campaña Stop AXA Assistance to Israeli Apartheid apuntó a la segunda aseguradora a nivel internacional (con más de cien millones de clientes en todo el mundo) como acción directa dentro del Movimiento de Boicot, Desinversiones y Sanciones (BDS) que ha señalado a las compañías, universidades e instituciones cómplices en la ocupación de tierras y la política de limpieza étnica llenada a cabo por Israel.

En España, la educación postobligatoria se consolida como nueva frontera de protección, donde no completar estudios superiores a la ESO multiplica por 2,7 el riesgo de exclusión severa. Según el último informe de Foessa, la ESO ya no protege: en la España digital, el «cortafuegos» contra la pobreza se ha desplazado al Bachillerato y a la FP, por lo que el título postobligatorio se convierte en la nueva llave de la integración; sin él, el futuro laboral se achica y la exclusión se hereda. Reforzar la educación inicial, evitar el abandono y multiplicar las segundas oportunidades ya no es solo un objetivo de equidad: es el dique que impide convertir la brecha educativa en desigualdad crónica. Durante gran parte de las últimas décadas, el ascenso educativo funcionó como el cortafuego más eficaz frente a la exclusión social; hoy su efecto sigue siendo determinante, pero se ha debilitado y ha cambiado de umbral. Los datos de la serie EINSFOESSA 2007-2024 muestran que no completar la Enseñanza Secundaria Obligatoria (ESO) multiplica por 2,7 la probabilidad de caer en exclusión severa, mientras que finalizar estudios postobligatorios (Bachillerato, FP de grado medio o superior) reduce ese riesgo a la mitad. En un mercado laboral cada vez más digital y automatizado, el «hambre de cualificación» penaliza más que nunca a los perfiles con baja formación: la ESO, que hace veinte años bastaba para obtener empleos razonablemente estables, ya no protege frente a trabajos precarios ni frente a la vulnerabilidad económica.

<https://www.caritas.es/main-files/uploads/2025/10/IX-Informe-FOESSA-resumen.pdf>

Testimonio

Carta de un joven saharaui a la juventud marroquí

Taleb Alisalem
07/10/2025
El Independiente

Nunca me dirigí a vosotros y vosotras así, de forma directa. Entre nosotros siempre se han levantado muros, muros de propaganda, de odio y de silencios. Pero hoy, viendo cómo tomáis las calles, cómo levantáis la voz contra la injusticia que os asfixia, siento la necesidad de hablaros. Soy saharaui. Nací en el exilio, en el refugio al que vuestro Estado nos condenó. He crecido viendo a mi pueblo sobrevivir en medio de la arena, sosteniendo una causa que nunca dejé de sangrar. He visto a los míos caer bajo la represión marroquí, torturados, encarcelados y desaparecidos en las zonas ocupadas por vuestro régimen. He visto a mis hermanos de las zonas ocupadas gritar su libertad mientras la bota de la ocupación les rompía los huesos.

Y, aun así, hoy os escribo no con odio, sino con una sinceridad que nace de la verdad, esa verdad que siempre nos caracterizó a los saharauis. Vosotros, también sois víctimas.

Víctimas de un régimen que os roba el pan, que os roba la voz, que os roba hasta el futuro. Un régimen que os educó en el nacionalismo vacío, que os vendió la ocupación de mi tierra como un triunfo, mientras vaciaba vuestras ciudades de oportunidades y vuestras casas de dignidad. El mismo poder que os obliga a emigrar, que os utiliza como arma política contra España, contra Argelia, contra Europa... El mismo régimen que convierte la pobreza en rutina y la corrupción en paisaje, es el que mantiene a mi pueblo encadenado.

No somos enemigos. Somos reflejo uno del otro, jóvenes sin futuro bajo un sistema podrido que solo sabe enriquecerse a costa de nuestra sangre y de vuestra lealtad, en muchos casos impuesta.

Os lo digo con toda claridad, la causa saharaui no



es la raíz de vuestros males. No es el problema que os condena. Es la excusa con la que se os distrae. Mientras os dicen que "el Sáhara es la causa sagrada", os roban el salario, os venden a las multinacionales, os obligan a callar.

Nuestro líder El Uali Mustafa Sayed lo advirtió hace ya medio siglo, en su discurso histórico *El Africano de Naciones*, "El pueblo saharaui no solo lucha por liberar su tierra de la ocupación marroquí, sino también al pueblo marroquí del régimen alauí". Aquellas palabras siguen vivas hoy, quizás más que nunca, porque vuestra rebelión confirma que ese régimen os opriime igual que a nosotros.

Hoy, cuando os levantáis, no estáis solos. Hay ojos saharauis mirándoos con respeto, con atención, con la certeza de que toda grieta en el muro del régimen es también una grieta en nuestra cárcel.

Sé que entre vosotros habrá quienes sigan repi-

tiendo lo que os han enseñado, que los saharauis somos traidores, que somos invento de Argelia, que somos una amenaza, peligrosos terroristas que amenazan "la unidad del reino". Pero os invito a mirar más allá de esa mentira. Nosotros no somos vuestro enemigo. Somos la prueba de hasta dónde puede llegar la brutalidad de ese Estado que también os aplasta a vosotros.

Yo os hablo desde la herida, pero también desde la esperanza. Porque si una generación como la vuestra, la generación Z, criada en el desencanto y en la rabia decide levantarse, tal vez estemos más cerca de ver caer un sistema que nos roba a todos.

Vosotros lucháis por pan, por libertad, por justicia. Nosotros también.

Vosotros gritáis contra la corrupción, contra la represión, contra un futuro que no llega. Nosotros llevamos cincuenta años gritando lo mismo.

Quizá algún día, más pronto de lo que creemos, nuestras voces se encuentren. Y entonces, el poder que hoy nos divide temblará de verdad.

Hasta entonces, os miro de frente y os digo, resistid. No os rindáis. Recordad que la dignidad, una vez que despierta, no vuelve a dormirse.

Con respeto y con verdad,

Un joven saharaui

Taleb Alisalem (Campamentos de refugiados de Tinduf, 1992) es activista saharaui. @TalebSahara

Fuente: https://www.elindependiente.com/opinion/2025/10/05/carta-joven-saharaui-juventud-marroqui/#google_vignette

